

Manuel Vicuña

La belle époque chilena

1912



1917



^TBiblioteca
Todo es Historia
Editorial Sudamericana

II

SALONES Y SALONIÈRES



Las buenas maneras son el arte de hacer sentirse a gusto a la gente con quien conversamos.

JONATHAN SWIFT (Publicado póstumamente, 1754)

TODAS LAS memorias escritas por aristócratas oscilan con soltura entre la vida privada de sus protagonistas y el curso, agitado o sereno, de los asuntos públicos. Dicha estructura narrativa no obedece tanto al talento literario de sus autores como al legado de un régimen oligárquico en que los salones y otros espacios de sociabilidad elitaria representaban centros exclusivos de poder e influencia. Con arreglo a las convenciones del género, sus memorias hablan del acontecer público del cual fueron testigos y/o actores privilegiados; las suyas quieren ser voces eminentes y autorizadas de una historia ilustre digna de ser recordada. Ello no obsta para que relaten, cierto es que sin penetrar a fondo en lo recóndito de la existencia, aspectos de la vida privada de sus autores, hecho que emparenta a estas obras con las autobiografías modernas, modalidad testimonial proclive al escrutinio del sujeto y a la exposición de su intimidad.¹ Pues bien, este capítulo aborda la historia –el ascenso y la declinación– del salón decimonónico, institución social identificada con un espacio que, a semejanza de las memorias, operó como un cauce en donde lo público y lo privado mezclaron sus caudales. A continuación, puntualmente, analizo su función como vehículo informal de autoeducación femenina. En el afán por comprender mejor su elusiva historia, considero el desenvolvimiento del salón en contrapunto con el desarrollo del sistema educacional, de las organizaciones intelectuales creadas al margen o en calidad de apéndices de la universidad, y del Club de la Unión. Debido a que el éxito del salón como institución social y cultural guardaba estrecha correspondencia con la actuación y el talento de la *salonière*, le concedo especial atención al análisis de su figura; poniendo en marcha la dinámica de los intercambios intelectuales sostenidos en el salón, ella dio forma al arte de la conversación asociado, frecuentemente de manera casi inextricable, con su historia. Los salones chilenos, advierto desde ya, suscribieron sólo parcialmente la tradición forjada por sus homólogos europeos, cuya importancia radica en haber servido de acicate a la libertad intelectual, al propiciar la confrontación

crítica de las doctrinas establecidas; a la libertad de las mujeres, al concederle a las anfitrionas una instancia de autoexpresión y desarrollo personal sustraída a las restricciones tradicionales; y a la libertad social, al formar constelaciones de personas de clases y estamentos diferentes. El salón chileno desempeñó las dos primeras funciones y, más que abstenerse de interpretar la tercera, jugó en su contra, toda vez que ofreció un foro propicio al desenvolvimiento de una cultura de elite inspirada, si atendemos a lo medular, en el ideal del diletante. Sabiendo que éste también se nutrió de la versión criolla del *Grand Tour*, no omito palabras para la influencia de esta experiencia en la formación de las mujeres y los hombres de la elite. Concluyo con una discusión comparada de las tertulias literarias de inicios del siglo XX y el salón decimonónico, tendiente a caracterizar la singularidad histórica de este último.

LA SESGADA PROPAGACIÓN DE LAS LUCES

EL PRECARIO desarrollo de la educación formal, lastrada por métodos anticuados, y los obstáculos a la amplia difusión de la ilustración y alfabetización entre la población local, ya concernieron a los líderes criollos durante las postrimerías del periodo colonial. Originalmente, éstos aspiraron a implementar las reformas necesarias en el marco del Imperio de los Borbones, siendo su mayor inspiración las doctrinas y los ejemplos provistos por la Ilustración española. A poco de iniciado el proceso de emancipación política, el progreso de la educación se erigió en objetivo central de todo gobierno nacional y cualquiera agenda revolucionaria. Las instituciones de enseñanza heredadas de la Colonia, en lugar de ser desechadas a propósito de la Independencia, sirvieron de base para la construcción del sistema de educación pública acometida durante la República. Patrocinada por el cabildo de Santiago, la creación de la Real Universidad de San Felipe (aunque fundada en 1738, sólo dos décadas más tarde inaugurada oficialmente) respondió a la demanda local por educación superior. El Convictorio Carolino establecido en 1778 aspiraba a subsanar los vacíos dejados por la expulsión de los jesuitas ocurrida once años atrás. Abierta en 1797, la Academia de San Luis, obra del infatigable Manuel de Salas, constituyó, por su parte, una escuela vocacional comprometida con el estímulo del progreso material del reino, mediante la promoción de una instrucción de corte técnico-científico. El Instituto Nacional inaugurado en 1813, primera institución educacional instaurada por los cabecillas del movimiento patriota, nació como una síntesis de las instituciones ya aludidas, más el Seminario Conciliar; de modo que el nuevo establecimiento, temporalmente cerrado a causa de la Reconquista española, hasta 1835 también cumplió las funciones de un seminario eclesiástico. El Instituto Nacional encarnó como ninguna otra institución el ideario patriota relativo a la educación. Considerado como la piedra angular de una comunidad cívica basada en un orden republicano, su misión era alumbrar ciudadanos instruidos y virtuosos, a los cuales competía dar vida a la nación.²

Las reformas y propuestas educacionales formuladas e implementadas desde el periodo de la Independencia, compartían la creencia ilustrada en el progreso de las sociedades y en la perfectibilidad del género humano, merced a la acción conjunta de la razón y la educación conforme a su espíritu. Junto a la fe en el poder normativo de la ley y en la consiguiente plasticidad de usos y costumbres, los patriotas percibieron la educación, fuese ésta producto de los establecimientos de enseñanza o del diario magisterio de la prensa, como un componente insustituible en la formación de una ciudadanía comprometida con el avance y bienestar general de la nación.³ Según estos parámetros, el Estado debía convertirse en el mayor agente del progreso material y social de la colectividad; balbuceos aparte, la definición efectiva del papel del Estado frente a la educación no ocurrió sino hasta las décadas de 1830 y 1840, compás de tiempo coincidente con la primera etapa de su consolidación institucional. Al respecto, la creación de un apropiado marco legal posibilitó la gradual estructuración de un sistema nacional de enseñanza. En dicho escenario, el establecimiento de la Universidad de Chile contribuyó a la ampliación de los círculos ilustrados, aunque todavía sin poner en entredicho las prerrogativas básicas de la elite tradicional, habituada a incorporar nuevos elementos en su seno, a condición de que éstos asumieran su *ethos* aristocrático y la promoción de sus intereses particulares. La Universidad de Chile, al ser facultada para supervisar todos los establecimientos educacionales del país, públicos y privados, alentó la formación de un sistema de educación centralizado bajo la égida del Estado, cuyo aparato, en estricto rigor, durante décadas actuó como un instrumento al servicio de la elite nacional radicada en Santiago.

Concebida como un ente supervisor y una academia científica destinada a la investigación, la Universidad de Chile no se constituyó definitivamente en un organismo de enseñanza hasta la reforma de 1879, que además de concederle mayor autonomía respecto al gobierno, estimuló el desarrollo de las profesiones. Fueron los hombres de la oligarquía y, en ausencia de una definición mejor, de la incipiente clase media, quienes sacaron mayor provecho del sistema de educación pública creado en el siglo XIX. El Instituto Nacional, durante toda la centuria, destacó como vivero de líderes públicos y figuras prominentes. Por su parte, la Universidad de Chile promovió el estudio de la sociedad chilena y de los recursos naturales del territorio nacional; generó nuevos canales de ascenso social mediante la formación de profesionales dotados de los conocimientos e investidos con la legitimidad necesaria para atender los requerimientos de una sociedad en vías de modernización; y, por añadidura, favoreció la asimilación, no menos que la adaptación a realidades locales, tanto del patrimonio histórico como de la producción intelectual y científica de Occidente. Otra de sus particularidades consistió en operar como una entidad secularizadora; cuando en control de la institución, los intelectuales liberales aprovecharon sus amplias atribuciones sobre el sistema nacional de enseñanza para difundir su ideario entre un público más vasto que el provisto por los estudiantes de educación superior.⁴

A mediados de siglo, en parte con el propósito de contrarrestar los avances del laicismo militante, los católicos tradicionalistas, políticamente movilizados por el Partido Conservador, comenzaron a darle su respaldo a los colegios masculinos de enseñanza secundaria establecidos por órdenes religiosas. Es el caso del Colegio San Ignacio fundado en los 1850s por los jesuitas, quienes a contar de 1843 habían comenzado a reinstalarse, al principio un poco a tuestas, en Chile.⁵ Su creación respondió a las crecientes tensiones entre las autoridades estatales de tinte regalista y el arzobispo de Santiago, Rafael Valentín Valdivieso, combativo ultramontano. Apercebido del gradual distanciamiento experimentado por políticos de primera línea frente al catolicismo, así como de los primeros indicios de secularización del sistema de enseñanza pública, Valdivieso vislumbró la indeseada erosión de la hegemonía social de la Iglesia Católica. Los jesuitas fueron los mayores colaboradores del arzobispo en la tarea destinada a prevenir la consumación de este proceso. En este contexto de rivalidad ideológica, el San Ignacio aspiraba a formar un grupo dirigente abocado a la defensa y promoción de los intereses de la Iglesia en el conjunto de la sociedad chilena.⁶ Móviles similares explican la creación de la Universidad Católica en 1888.⁷ En breve, el conflicto suscitado por las interpretaciones divergentes acerca de cuáles debían ser las legítimas atribuciones y funciones del Estado ante la sociedad civil, instigó el desarrollo de la educación pública y privada, tanto en sus niveles secundario como superior.

Si no aumentó las desigualdades educacionales ya existentes entre hombres y mujeres, en el curso del siglo XIX este proceso cuando menos invalidó, en términos comparativos, los innegables avances experimentados por la educación femenina. Hacia 1814, la enseñanza básica impartida al común de los hombres y las mujeres de las familias acomodadas, a no ser que los primeros fuesen aspirantes a eclesiásticos o abogados, poco difería respecto al tipo de materias estudiadas o destrezas adquiridas. Vicente Pérez Rosales escribió acerca de la educación escolar por entonces disponible en Santiago: “la que se daba á la mujer se reducía á leer, á escribir y á rezar; la del hombre que no aspiraba ni á la iglesia ni á la toga, á leer con sonsonete, á escribir sin gramática, y á saberse saltado la tabla de multiplicar”.⁸ Después de la Independencia, es cierto, las mujeres de la elite accedieron a una educación mundana más sofisticada. Aun así, tuvieron que esperar hasta el siglo XX para recibir una consistente instrucción intelectual en los establecimientos de enseñanza. En el periodo colonial, las jóvenes criollas de elevado rango a veces eran educadas en conventos donde se les enseñaba a rezar, a escribir y a leer, además de aquellas labores de mano que, complementadas con los rudimentos de la aritmética, las capacitaban para ocuparse de los menesteres domésticos.⁹ Como fuere, importa precisar que si los conventos admitían jóvenes, en rigor la educación, tal como la imparten los colegios propiamente tales, no se contaba entre sus funciones.¹⁰ La observancia religiosa y el cultivo de la piedad, puntales de la formación femenina, eran condimentados con disciplinas gratas a los sentidos: la música instrumental y con menor frecuencia el canto, gracias sociales con que las mujeres, animando saraos

y tertulias, agasajaban a los miembros de sus familias y a los invitados de la casa. Antes del establecimiento en Santiago, ocurrido a fines de la década de 1820, de maestros de música europeos, las madres solían enseñar los rudimentos de este arte a sus hijas mayores, las que a su turno se encargaban de la instrucción de sus hermanas menores.¹¹

A pesar de las modestas pretensiones del modelo educacional tan sucintamente descrito, no todas las mujeres patricias gozaron de sus beneficios. George Vancouver, quien frecuentó la sociedad santiaguina en abril de 1795, en su momento aseguró que, de acuerdo “al testimonio de sus propios compatriotas [...] la educación de la parte femenina de la sociedad [...] es tan escandalosamente descuidada, que la capacidad de leer y escribir está confinada a unas pocas señoras solamente”.¹² En tiempos de la Colonia, la reticencia de algunos padres frente a la educación femenina, según refiere Miguel Luis Amunátegui, obedecía a que éstos “no querían que sus hijas aprendiesen a escribir por temor de que se pusieran en aptitud de dirigir cartas a algún amante”.¹³ De la persistencia de semejante temor dejó testimonio Alberto Blest Gana, cuando, en 1859, consignó la existencia de “no pocos individuos [que] pretenden que la educación para la mujer es un mal, porque sabiendo escribir se inclina al momento a ejercitarse en el estilo amatorio epistolar”.¹⁴ En descargo, sea dicho que la desmedrada situación educacional de las mujeres más privilegiadas de la sociedad criolla, aún vigente a inicios de la década de 1810,¹⁵ comenzó a mejorar en forma paulatina tras la Independencia. El cambio procedió a tranco lento, pero con avances no desestimables. Samuel Haigh anotó acerca de las damas de la sociedad santiaguina: “La educación está muy confinada [...] ellas no gozan, como se puede suponer, sino de unas pocas de las ventajas de la lectura. Rara vez he visto que sus bibliotecas se extiendan más allá de Don Quijote, Gil Blas, las novelas de Cervantes, Pablo y Virginia, y unos pocos libros menores de relatos, excepción hecha del misal, la historia de los mártires, y algunos libros religiosos”.¹⁶

Hacia fines de la década de 1820, las rivalidades entre pipiolos y pelucones, tanto como la voluntad de propagar las luces, según se decía entonces, impulsaron la creación de cuatro colegios privados. El presidente Pinto (1827-29), a fin de contrarrestar la educación conservadora y clerical impartida a la fecha en el todavía precario Instituto Nacional, apoyó decididamente al Liceo de Chile fundado en 1829 por el liberal español José Joaquín de Mora, subvencionándolo con la provisión de becas y la concurrencia obligada de determinado número de miembros del ejército a sus aulas. Los pelucones, al tiempo que denunciaban a la nueva institución como un bastión liberal, respaldaron la creación del Colegio de Santiago, plantel dotado con un cuerpo de profesores mayoritariamente francés, y que entre sus rectores contó al recién emigrado Andrés Bello. Aunque en grado muy menor al liceo de Morla, este colegio también recibió apoyo económico oficial. Ambos establecimientos ofrecieron una educación superior a la del Instituto Nacional, que durante este periodo de inusitada competencia tuvo que sobrellevar la disminución del respaldo financiero del gobierno y la desapropa-

ción de parte de la elite, a la sazón antagonizada tanto en el campo de la educación como en lo tocante a la organización política de la República.

La misma dinámica competitiva originó dos colegios privados de mujeres. Creado en 1828, el colegio regentado por la profesora francesa Fanny Delauneux, casada con Mora, gozó del respaldo conjunto del presidente Pinto, de la sociedad local y de las autoridades eclesiásticas. Fue éste el primer colegio laico femenino de Santiago. Su programa de enseñanza comprendió todos los ramos tradicionalmente asociados a los quehaceres domésticos, tales como aritmética, costura y bordado. Desde luego, tampoco omitió la instrucción moral y religiosa, en aquiescencia con la ortodoxia católica. Sin embargo, las pupilas del colegio de Madame Delauneux también estudiaron francés, inglés y geografía descriptiva, además de canto y clave bajo la dirección de un maestro alemán. Algunas de las mujeres social e intelectualmente más cultivadas de mediados del siglo XIX asistieron al colegio de Madame Delauneux. Entre ellas destaca Enriqueta Pinto (hija del presidente Pinto y esposa del presidente Bulnes), la cual, a semejanza de otras mujeres de ese tiempo, ejercitó sus dotes literarias oficiando de traductora. El segundo colegio femenino laico establecido en Santiago, obra de una argentina y su marido francés, representó una contraofensiva pelucona ante el plantel de Madame Delauneux, el cual era atendido preferentemente por las hijas de las familias pipiolas. La nueva institución, si bien no incluyó entre sus cursos la enseñanza de idiomas extranjeros, ni estudios de geografía y música instrumental, también contribuyó a enriquecer el pobre panorama educacional de la época.

Así, escribió Miguel Luis Amunátegui, los “dos grandes bandos políticos, que entonces se disputaban la dirección del país habían levantado, no sólo periódico contra periódico, sino también colejo contra colejo”.¹⁷ Pero sólo fugazmente. Porque la vivificadora competencia educacional desarrollada entre pipiolos y pelucones conoció un abrupto final, a raíz de la victoria de estos últimos en la batalla de Lircay (1830). Como corolario de la derrota pipiola, el liberal José Joaquín de Mora fue forzado a abandonar el país. Tanto su colegio como el de Madame Delauneux, cerraron. En ausencia de los incentivos derivados de la apremiante contienda política, más temprano que tarde hasta los colegios patrocinados por los vencedores dejaron de existir. No pocos estudiantes y profesores del Liceo de Chile y del Colegio de Santiago debieron incorporarse al Instituto Nacional, ahora beneficiado con las becas de gobierno antes asignadas al plantel de Mora. El remozamiento, en 1832, de su anticuado programa de estudios, evidenció el afán de emular los superiores estándares instaurados por sus antiguos rivales.¹⁸

Hasta los albores del siglo XX, simplificando sin faltar a la verdad, la educación impartida a las mujeres de la elite buscaba investirlas con los atributos de una devota dama de sociedad. Los colegios privados de educación secundaria de finales de los 1820s sentaron la norma en vigor hasta mediados de siglo. Durante esas décadas, las hijas de las familias patricias fueron enviadas de preferencia a colegios abiertos por mujeres, chilenas o extranjeras. Éstos se desta-

caron, sin excepción, por su carácter efímero y precario. Representaron empresas personales más que instituciones en regla: nunca lograron adquirir vida propia o sobrevivir a sus fundadoras, cuyo destino individual se confundía con el de los planteles de enseñanza que presidían. Lo mismo corre para los colegios privados de educación primaria, los cuales reunían a niños y niñas de familias de renombre que evitaban los colegios fiscales destinados a alfabetizar a los sectores menos favorecidos de la sociedad. Mujeres faltas de recursos materiales, en ocasiones viudas o solteras, fácilmente se embarcaban en este tipo de empresas, no faltando entre sus gestoras la institutriz europea que, después de prestar servicios en una casa patricia, se independizaba de los empleadores que habían impulsado su inmigración a tierras chilenas. Las razones de esta presencia femenina hay que buscarlas en el sistema de valores y en los preceptos de la época: la educación de los niños ofrecía a las mujeres un oficio asociado a la maternidad, a la cual parecía prolongar bajo la forma de una vocación pública. Las ideas concernientes a la relación de identidad entre la madre y la maestra encontraron expresión paradigmática en los postulados educacionales del argentino Domingo Faustino Sarmiento, quien interpretó un papel protagónico en el proceso conducente al trazado de las líneas de desarrollo de la educación pública o de la función docente del Estado chileno. En un texto que data de 1849, al referirse a las ventajas comparativas de las maestras como educadoras de niños, arguyó que las “mujeres poseen aptitudes de carácter y de moral, que las hacen infinitamente superiores á los hombres, para la enseñanza de la tierna infancia. Su influencia sobre los niños tiene el mismo carácter de la madre; su inteligencia dominada por el corazón se dobla más fácilmente que la del hombre y se adapta á la capacidad infantil por una de las cualidades que son inherentes á su sexo”.¹⁹

Recién en 1841 se instaló el primer pensionado femenino en Santiago, a iniciativa de las monjas de los Sagrados Corazones (SS.CC.). En 1854, las religiosas del Sagrado Corazón (*Sacré Coeur*), cuya reputación como educadoras de las mujeres de las elites católicas no conocía parangón en Occidente, abrieron el segundo y, al igual que sus predecesoras, establecieron una escuela primaria destinada a la enseñanza de niñas de sectores populares. Décadas más tarde, ambas congregaciones fundaron externados; las religiosas del *Sacré Coeur* incluso establecieron una combinación de regímenes de matrícula, admitiendo alumnas internas y externas. Hasta comienzos del siglo XX, las hijas de las familias más encumbradas de la sociedad santiaguina, a menudo se educaron en los colegios de estas congregaciones originadas en Francia.²⁰ Aun cuando la creación de ambas instituciones, expresión de la implantación local de los conventos de vida activa y cauce para la difusión de nuevas formas de religiosidad, constituyó un avance indesmentible respecto al pasado, éstas no reformularon sustancialmente las premisas de la educación femenina en vigor, no obstante acentuar la autodisciplina con miras a potenciar la eficacia de las propias acciones, y ofrecer un currículo que contemplaba una amplia gama de asignaturas. En la práctica, el tipo de educación impartida en tales establecimientos aspira-

ba a formar madres y esposas de sólida devoción, afanosas dueñas de casa tan conformistas en lo moral como respetuosas de los preceptos de la Iglesia, amén de mujeres comprometidas con el ejercicio de la caridad y el cuidado de los suyos. También se les enseñaba lo necesario para brillar en eventos mundanos, habida cuenta su condición de aspirantes a la calidad de agraciadas damas y anfitrionas de sociedad. Sus estudios, estando subordinados a las directrices de una estricta ortodoxia religiosa, lejos de incitar en las alumnas el desarrollo de dotes intelectuales (entendidas aquí como atributos de un espíritu inquisitivo), les daban un barniz de conocimientos rutilantes quizá, pero superficiales. Ana du Rousier, fundadora del Sagrado Corazón en Chile, en su afán por ilustrar al arzobispo Valdivieso sobre la modalidad de educación dado a las alumnas de su congregación, nos legó un testimonio revelador: “Se busca adornar el espíritu por conocimientos útiles, variados y dar relieve a esta instrucción por las artes del agrado, se dedica sobre todo a formar el corazón de las jóvenes a las virtudes sólidas, a los sentimientos nobles, elevados, a enderezar su carácter [...] en fin, trabaja por darles modales suaves, atrayentes, educados, que sean un día consuelo y agrado de sus familias”.²¹ En el fondo, lo moral primaba por sobre lo intelectual, en tanto la instrucción revestía cualidades más bien ornamentales.

Ahora, no hay que achacarle estas deficiencias a las monjas exclusivamente. Aún en 1913, según confesión de una religiosa entrevistada por una publicación femenina católica, las jóvenes de la clase alta eran retiradas de los colegios con años de anticipación al término de su educación formal, precisamente “en la edad en que empiezan a comprender lo serio y a tomar afición a lo intelectual y a lo elevado”.²² Puesto que las jóvenes dejaban el colegio a la temprana edad de catorce o quince años, y no a los dieciocho o veinte como era de rigor a fin de completar satisfactoriamente el programa estipulado, no alcanzaban a adquirir conocimientos sólidos y perdurables en ninguna materia, ya se tratase de ciencias naturales, filosofía, literatura o historia universal. El propósito de esta entrevista era contrarrestar el descrédito contemporáneo de las monjas como educadoras. La deficiente educación recibida por las jóvenes de la “alta sociedad”, según el razonamiento de las defensoras de los colegios congregacionales, era imputable a la negligencia de sus propias madres, antes que a la incompetencia de las religiosas. De cualquier manera, en 1917 fue necesario repetir la censura a los apoderados que sacaban a sus hijas de los internados, el regido por el *Sacré Cour* en este caso, “antes que terminen su educación, o más bien, cuando debiera empezar la parte más importante de ella”.²³

Tanto la instrucción formal ofrecida en los colegios religiosos como la costumbre paterna y materna recién descrita, atentaban contra la educación intelectual de las jóvenes de la elite. La formación intelectual, letrada, de las mujeres, tampoco recibió, a grandes rasgos, una atención prioritaria en los primeros liceos femeninos de enseñanza secundaria, establecidos en Santiago hacia mediados de la década de 1890. La creación de estos liceos respondió a las necesidades de la clase alta, la que veía lesionados sus intereses por la incapacidad de los colegios religiosos para satisfacer, en parte a consecuencia de su

reducido cuerpo docente, la demanda educacional existente en la capital. Aunque el decreto gubernamental que autorizó el acceso de mujeres a la universidad data de 1877, en la práctica ambos liceos públicos, durante décadas, no condujeron a sus aulas; sólo en los 1910s ajustaron sus planillas curriculares a los programas de estudio cursados en los liceos de hombres. Por más de medio siglo, entonces, conservó su vigencia la aseveración de Andrés Bello a propósito de la realidad educacional de los 1840s, según la cual la instrucción dada a las mujeres no estaba "calculada como una preparación para otros estudios".²⁴ Y aun cuando sus estudiantes comenzaron a dar los exámenes requeridos para validar sus ramos de enseñanza secundaria ante comisiones universitarias, el ingreso a la educación superior no despertó mayor entusiasmo entre sus alumnas patricias. Éstas se conformaron, en acuerdo con los objetivos de los liceos y las expectativas de sus padres, con cursar el bachillerato y adquirir las dotes de una dama católica, cuyo perfil coincidía, en lo fundamental, con el de una dueña de casa con afición por las obras de beneficencia, que, aunque más cultivada que antaño, en ningún caso calificaba como profesional.²⁵ No hay duda de que el hecho de cursar el bachillerato, expresión de un ideal educacional humanista tributario de valores republicanos, implicó un valioso adelanto. Ofreció a las jóvenes una educación intelectual más exigente, en el pasado si acaso monopolio del Santiago College, plantel fundado en 1880 por metodistas norteamericanas, que pronto se ganó la confianza de numerosas familias liberales de la alta sociedad santiaguina.²⁶

En líneas generales, pues, durante la mayor parte del siglo XIX la instrucción formal recibida por las mujeres de la oligarquía no se propuso reducir la brecha educacional abierta entre ellas y los hombres de su clase, desentendiéndose de esta forma del proceso que, al margen de los avances ocurridos en la educación femenina, tendía a aumentar tales disparidades, producto de los beneficios que a aquéllos reportó la formación de un sistema de enseñanza secundaria y universitaria ideológicamente plural, y, hasta cierto grado, competitivo.

SOCIABILIDAD ILUSTRADA

LAS MUJERES de la elite, si bien privadas de una instrucción satisfactoria, a través del salón pudieron contrarrestar parcialmente dicha desventaja educacional. Esta institución social, con preferencia en el último tercio del siglo XIX, representó un medio propicio para su desarrollo intelectual, a la par que una plataforma apta para granjearles posiciones de liderazgo en la alta sociedad santiaguina. Siendo su historia elusiva y fragmentaria, hay que conformarse con esbozar un relato general, a ratos provisional y tentativo, de su desarrollo. Esta base permite aventurar algunas ideas acerca de su significación social. Aun cuando ya se observan ciertos rasgos propios del salón en las pasajeras tertulias de mediados de siglo, todo hace creer que su consolidación no ocurrió sino hasta la emergencia de la alta sociedad capitalina, y los consiguientes cambios en la

cultura y en las prácticas sociales de la oligarquía. Para despejar dudas, de antemano aclaro que la historia de las tertulias, fuesen políticas o literarias, laicas o clericales, es más compleja y heterogénea que la historia del salón *mixto e intelectual* que ahora me ocupa en exclusiva. Este salón, al congregarse un público compuesto de personas de ambos sexos y dar vida a una sociabilidad de estilo singular, se diferenciaba claramente de otros tipos de reuniones sociales decimonónicas.²⁷ Su maduración requirió que la afición al diálogo entre hombres y mujeres (no necesariamente de orden intelectual) disputara a la música instrumental y vocal, en el pasado soberana en las reuniones de las familias patricias, la preeminencia en el orden de los pasatiempos.

Una vez que la música perdió protagonismo, otros intereses acapararon la atención. Tocar el piano se volvió un acto de seducción femenina complementario a la conversación. El baile tendió a emigrar a los eventos de la Sociedad Filarmónica, y luego a las grandes fiestas. Ya el paulatino abandono del estrado colonial había contribuido a preparar el escenario social en el que emergería el salón; aquella tarima situada en las salas de recibo, estando reservada a las mujeres, desalentó el fluido intercambio social entre ambos sexos, hasta las primeras décadas del siglo XIX.²⁸ “De aquí resultaba”, acertó a escribir Miguel Luis Amunátegui, “que la ignorancia primitiva de las mujeres no era destruida, siquiera a medias, por el trato social de los hombres”.²⁹ Se entiende que su abandono propendiese a la gestación de una sociabilidad caracterizada por el cultivo de conversaciones de carácter ilustrado entre hombres y mujeres. En su época culminante, el salón, término popularizado en los albores del XIX por la escritora y *salonnière* Madame de Staël, quien así designó para la posteridad a los *bureaux d’esprit* de la Ilustración, alude tanto a un espacio como a un tipo de veladas en las cuales se abordaba una agenda temática que alternaba el acontecer político con los temas culturales más variados.

A comienzos de los 1820s, en palabras de un viajero extranjero al tanto de las particularidades de la sociedad santiaguina, “para constituir una consumada dama de moda”, bastaba con tocar algún instrumento y saber cantar. “Los libros”, incluso aquellos de lectura más liviana, “no siendo nunca leídos, nunca pueden [...] convertirse en temas de conversación”.³⁰ Otro era el panorama veinte años después. Por una serie de razones, la década de 1840 representó una época de transición, en la que se abrieron auspiciosos horizontes en lo concerniente a la vida cultural del país. Para comenzar, la relativa distensión política y el consiguiente renacimiento de la prensa producidos durante el primer periodo del gobierno de Manuel Bulnes, alentaron la formación de un foro político que abarcaba a las mayores ciudades de la República.³¹ La circulación nacional de los principales periódicos de Santiago y Valparaíso, lo mismo que la simultánea creación de otras tantas publicaciones del género en provincia, suministró los medios necesarios para la expresión y conformación de una opinión pública a escala nacional. La creación de la Universidad de Chile, casi no hace falta decirlo, marcó un hito en la vida intelectual de la época. Conjuntamente, el arribo de una serie de notables intelectuales argentinos (Domingo Faustino Sarmiento,

Juan Bautista Alberdi, Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre) desterrados por la dictadura de Rosas, ayudó a vitalizar la previamente aletargada república de las letras chilenas. Destacaron, en este contexto, las acaloradas controversias públicas referentes a materias culturales con resonancias políticas, así como la irrupción de una nueva generación de intelectuales liberales, personificada como nadie por José Victorino Lastarria.³² El mismo Lastarria recordó en sus memorias que en ese tiempo, en los salones “frecuentados por los jóvenes se hacía [...] mucha música, mucho arte, mucha literatura; y el bello sexo se entusiasmaba con la poesía, y su entusiasmo estimulaba a los jóvenes chilenos a competir en brillo y en donaire con los argentinos”.³³ El salón de Emilia Herrera de Toro, ex alumna del colegio de Fanny Delauneux, acogió con proverbial hospitalidad a los exiliados argentinos. La perdurable amistad así forjada entre la anfitriona y sus invitados, demostró ser de gran utilidad pública varias décadas más tarde, cuando la intervención epistolar de Emilia Herrera precipitó la firma de los conciliatorios “Pactos de Mayo” (1902) entre Argentina y Chile, previamente envueltos en tensas disputas limítrofes.³⁴ Durante su agonía, por lo mismo, las “gacetas argentinas enviaban con rigurosa puntualidad a sus corresponsales obligándoles a tenerlas al corriente del estado de la señora”.³⁵

La afición por la lectura, compartida por hombres y mujeres que hicieron de las bellas letras un tópico central de sus conversaciones, no era fácil de satisfacer en esos años. La tradicional escasez de textos no religiosos durante la Colonia, distó de resolverse en las décadas inmediatamente posteriores a la Independencia. En Chile, los libros y la práctica de la lectura carecían de estimación social a comienzos del siglo XIX; los literatos se reducían a un modesto núcleo de abogados y eclesiásticos. La Biblioteca Nacional, fundada en 1813, sobresalía por su deficiente administración, por permanecer generalmente cerrada, y, cuando abierta al público, por encontrarse comúnmente desierta.³⁶ Dado que sus colecciones provenían de las instituciones coloniales, entre sus obras predominaban aquéllas de carácter religioso, herencia ésta de un sistema de enseñanza superior en el que reinaba la teología. El ejercicio de la censura, practicado indistintamente por las autoridades civiles y eclesiásticas de la Colonia, también ayudó a empobrecer el *corpus* de textos disponibles. En la década de 1810, debido a su escasez en el mercado local, los autores europeos modernos compartían las cualidades de los bienes de lujo.³⁷ Durante el gobierno de Bernardo O’Higgins, Alexander Caldcleugh se topó con algunas bibliotecas privadas bien provistas, pero todas estaban en manos de españoles.³⁸ El apoyo liberal apreciable en los 1820s a la difusión de los autores de la Ilustración, fue previsiblemente desechado por los agentes del régimen conservador implantado tras Lircay.

Todavía en 1832, no existía librería alguna en Santiago, la mayor cantidad de libros en venta se encontraba revuelta entre la “cuchillería y ferretería de un almacén”, e incluso el *Quijote* resultaba inencontrable.³⁹ En 1833, Andrés Bello editorializó en *El Araucano* acerca de los males del régimen de censura imperante, alegando que el “público se queja, y no sin razón, de que el

comercio de libros sufre ahora más trabas y embarazos que en las épocas precedentes".⁴⁰ Los libros producidos por el puñado de imprentas establecidas en el país a partir de 1811, eran en su mayoría textos de carácter utilitario, concebidos para cumplir una función específica, meramente coyuntural a veces, cuando no el resultado de comisiones de gobierno. Muy raro era encontrarse con libros manufacturados para su venta en el mercado. Si bien la importación de libros parece haber experimentado un alza hacia fines de los 1830s, aún resultaba conspicua la presencia de textos religiosos, tales como hagiografías y libros devocionales, entre las obras procedentes del extranjero.⁴¹ No está de más recordar que sólo en las primeras décadas del XIX, impulsado en buena parte por el fermento revolucionario y la consiguiente entrada en escena de visiones políticas rivales que aspiraban a conquistar el apoyo público para sus causas respectivas, se efectuó el rápido tránsito desde un universo textual restringido, caracterizado por la preeminencia del manuscrito como soporte material de la escritura, a otro basado en la palabra impresa. Distinguió a este último el advenimiento de la prensa como un espacio de deliberación y debate abierto a la circulación de ideas, y comprometido a la vez con la formación de un "modelo de civilidad" que otorgaba a la lectura íntima, privatizada, la capacidad de operar un cambio de signo civilizador y modernizador en el espíritu, lo que en la práctica restringió el cuerpo ciudadano a una minoría ilustrada, no obstante concebir la educación del pueblo como una línea directriz del proyecto republicano.⁴²

¿Cómo maximizaban las personas ilustradas los escasos textos en circulación durante aquel periodo? Leyéndolos en voz alta ante el auditorio mixto de los salones, hábito en conformidad con modos de apropiación y circulación colectiva de los escritos, que evidenciaba la coexistencia del proceso en curso de "individualización" y "privatización" de la lectura, con la pervivencia de la "comunicación oral". Esta última –herencia cultural de la Colonia– operaba como argamasa del vínculo social y vehículo de difusión de información e ideas de variada índole, permitiendo la amplificación de la palabra escrita más allá del círculo estrecho de sus lectores, incluso al punto de alcanzar a la población analfabeta, mayoritaria entonces.⁴³ La lectura en voz alta ante un auditorio de personas que de seguro también leían en silencio y a solas, constituyó una actividad con un fin práctico –aminorar la escasez de libros impresos al alcance de los más ávidos lectores chilenos–, a la par que una forma de goce compartido. Pues la recepción del texto daba paso a la glosa conjunta de lo escrito, que así se revelaba fundamento de una sociabilidad culta, en la cual los libros ofrecían el sostén último de las conversaciones, al tiempo que motivaban la expresión de las sensibilidades individuales, ya fuese a través de la elección de un autor querido y en consecuencia digno de ser compartido, o por efecto de las mismas impresiones y opiniones desprendidas de la lectura en público y del posterior comentario de un texto cualquiera. Mercedes Marín del Solar, no sólo renombrada poetisa de la época, sino también la mujer quizá más ilustrada de la primera mitad del siglo XIX, escribió en 1865:

¡Cuántas hermosas páginas de Fénelon, de Cervantes, de Chateaubriand, i en suma de Mme. de Stäel, han rodado por nuestras manos, i encantado los oídos de nuestras madres en algunos ratos de ocio en nuestras deliciosas veladas! Si no bastaban los libros de nuestras casas, los amigos traían los suyos. Su lectura daba amplia materia de conversación a la jente joven, estableciéndose así un cambio mutuo de ideas, no menos favorable al cultivo del talento, que al desarrollo de los más puros i honestos sentimientos del corazón.⁴⁴

La propia Mercedes Marín presidió un salón entre cuyos invitados sobresalían Andrés Bello, el pintor bávaro Rugendas, e Isidora Zegers, la cantante española que en los 1820s, además de presentar las óperas de Rossini a la elite chilena, participó en la fundación de la Sociedad Filarmónica.⁴⁵ Mercedes fue educada en parte por su padre, hombre de cultura ilustrada y destacado patriota, víctima de las represalias de la Reconquista española; se benefició, asimismo, del intercambio intelectual con sus hermanos, incluido el filósofo Ventura Marín, figura prominente entre los cenáculos intelectuales de la nueva nación. A su madre, Luisa Recabarren, también le cupo un papel importante en su educación, alentándola, según parece, a leer y a hablar en francés con corrección; en la década de 1820, Mercedes Marín ya hablaba el francés con fluidez y estaba al corriente de la obra de un amplio espectro de autores galos.⁴⁶ Logro tanto más notable si se considera que en esa época el dominio del francés era raro aun “entre los hombres”, y el clero, en ocasiones, todavía identificaba ese idioma con la lengua del pecado, llegando a darse el caso, en 1821, de un confesor que “no quiso absolver a una señorita, porque estudiaba dicho idioma”.⁴⁷

Si bien Mercedes Marín, por lo que dice relación a su desempeño como anfitriona, posiblemente se inspiró en el ejemplo de su madre, existen significativas diferencias entre su salón y la tertulia de su progenitora. En las veladas de su madre, al igual que en aquéllas presididas por Javiera Carrera, la ideología revolucionaria encontró una morada favorable para su fortalecimiento y arraigo entre los criollos de elevado rango.⁴⁸ Puesto que no eran instituciones informales que tenían al adelantamiento de la cultura de las mujeres por objeto, las tertulias de comienzos de siglo no han de ser consideradas como las precursoras de los salones de la década de 1840. Desempeñaron un papel político relevante, aunque a costa de una coyuntura inédita. Ambas mujeres fueron anfitrionas sensibles, ofreciéndole a líderes patriotas como Fray Camilo Henríquez, Bernardo de Vera y Pintado, y Antonio José de Irisarri, un refugio seguro en donde ponderar y madurar sus ideas, proyectos y acciones políticas. Ante los esfuerzos posteriores, retrospectivos, por formar un panteón nacional de heroicas *matriotas*,⁴⁹ hay que recordar que estas mujeres singulares –Javiera Carrera y Luisa Recabarren– estaban emparentadas o casadas con líderes patriotas que adhirieron desde temprano a un curso de acción revolucionario. Esto, claro está, ayuda a entender por qué sus casas se constituyeron, diríase que por la fuerza de las circunstancias casi, en el foro de las conversaciones referentes a la situación política y al destino del país, así como en el seno donde se gestaron aquellas visiones que cuestionaban la legitimidad de las autoridades estableci-

das. Como sea, estas tertulias nunca fueron concebidas como instancias para la promoción del desarrollo del arte de la conversación y de un *canon* cultural compartido por hombres y mujeres de la elite.

Mercedes Marín escribió el pasaje antes citado como un homenaje póstumo a los salones de mediados de siglo que, al promediar la década de 1860, ya parecen haber sido cosa del pasado. ¿Cómo explicar tan abrupta declinación de la sociabilidad mixta de tipo ilustrado? Desconozco la respuesta definitiva a esta pregunta, pero creo poder aventurar una hipótesis plausible. Pienso en el incendio, ocurrido el 8 de diciembre de 1863, de la Iglesia de la Compañía, sin duda uno de los hitos trágicos de mayor envergadura en la historia colectiva de la elite, y por esto un tópico bien establecido entre los memorialistas de la época. Se calcula que murieron más de 2.000 personas, la mayoría mujeres de clase alta –jóvenes, adultas, ancianas– que habían colmado la iglesia entonces de moda, a fin de atender el último día del Mes de María, fecha en que se celebra la fiesta de la Inmaculada Concepción. Virtualmente, todas las familias de la elite sufrieron la muerte de alguna pariente o, cuando menos, persona íntima o conocida.⁵⁰ Pues bien: las formas prescritas del luto femenino compelián a las mujeres afectadas a renunciar temporalmente a las amenidades del intercambio social y de la vida mundana, mediante la reclusión en sus propios hogares. Considerando la envergadura de la tragedia y, en consecuencia, el carácter público del luto, cabe imaginar que un número considerable de mujeres quedó, por así decirlo, fuera de circulación. Hasta cierto punto, creo yo, esto explica el hecho de que los años posteriores al incendio hayan representado un hiato en la historia de los salones.

No es fácil decir cuándo terminó este paréntesis. Por lo menos a comienzos de los 1870s, si no desde antes, Lucía Bulnes de Vergara, en lo sucesivo la más prestigiosa *salonnière* chilena, presidía un “hospitalario” salón sin rivales en Santiago.⁵¹ Si su salón constituye el ejemplo más consumado de la etapa madura de esta institución social, la memoria de Martina Barros representa la mejor fuente en lo que atañe a su historia: aporta información relativa a los modelos y a las características principales del salón decimonónico, así como a la función ejercida por la sociabilidad mixta ilustrada en el contexto esbozado en el primer apartado de este capítulo. Los salones organizados por mujeres casadas o viudas, Martina Barros sugiere, respondían al ejemplo de los salones parisinos posteriores a la Revolución francesa. Sus opiniones en la materia son particularmente confiables: ella misma, fuera de encabezar tertulias mixtas en diferentes etapas de su vida, asistió regularmente a prestigiosos salones de la capital, en particular al de Laura Cazotte.

Martina Barros admiraba entrañablemente a Louise-Germaine de Staël (1766-1817), lo mismo como portavoz del Romanticismo que como *salonnière*, ocupación que desempeñó en diversos países de Europa, y no sólo en París, ciudad de la cual Napoleón la desterró, en el intento por acallar sus enconadas críticas contra su persona. Madame de Staël, hija del ginebrino Jacques Necker, en algún momento *directeur du trésor royal* de la monarquía francesa, es una figura central de la historia cultural europea, toda vez que entrelaza las pasio-

nes aristocráticas del Antiguo Régimen con las nuevas corrientes, artísticas y políticas, que dejaron su impronta en las primeras décadas del siglo XIX. Su novela *Corina o Italia* (1807) la hizo internacionalmente conocida, valiéndole hasta los elogios de Lord Byron, aunque ya siendo adolescente había gozado de cierta celebridad entre los círculos eruditos de Europa, producto de sus intervenciones en el salón de su madre (que contó entre sus asistentes a intelectuales de la talla de Diderot, Helvetius y D'Holbach) y de sus ensayos referentes al "espíritu de las leyes" y a las cartas de Jean-Jacques Rousseau. Famosas anfitrionas como Juliette Récamier (1777-1849), cuyo salón Sainte-Beuve describió como un "asilo para las personas cultas", y Delphine de Girardin (1804-1855), alias Mademoiselle Gay, poetisa y cronista de la vida intelectual parisina que tuvo por huéspedes a Victor Hugo y Balzac, amén de autora de textos políticos que le granjearon la admiración de Goethe, también fueron invocadas por Martina Barros en su recuento de insignes precursoras.⁵²

Existe una anécdota reveladora acerca de las fuentes de inspiración adoptadas por las anfitrionas chilenas. El historiador Diego Barros Arana, tío de Martina, solía ironizar sobre sus deseos de emular con su modesta tertulia al salón de Madame Recamier, notando que, mientras ésta departía con "hombres superiores como Chateaubriand, los Montmorency, Benjamin Constant", Martina se limitaba a recibir a los menos memorables "Fulano, Zutano o Mengano".⁵³ Testimonios hay que corroboran lo anterior. El cuñado de Martina, Luis Orrego Luco, definió el salón de Lucía Bulnes como "una agrupación de espíritus selectos y de personalidades en torno suyo [la *salonière*], como las marquesas del siglo XVIII en Francia y como lo tuvieron en el siglo último [XIX] la Princesa de Dino, Rosa Bonheure, y Madame Caillavet".⁵⁴ A su vez, Delia Matte de Izquierdo, otra anfitriona de renombre, reconoció a su turno en los tradicionales salones franceses, particularmente en aquel de Madame Recamier, un antecedente y un modelo de su "tertulia íntima".⁵⁵ Aun los salones literarios de la década de 1920, cuya función los distingue de los aquí estudiados, continuaban evocando el estilo de los salones franceses entre sus invitados.⁵⁶ Así pues, es legítimo pensar que a lo menos un puñado de anfitrionas chilenas se concibieron a sí mismas como exponentes tardías de una prestigiosa tradición en íntimo trato con la historia intelectual de Europa.

Las *salonières* que suscitaron su admiración integraban una tradición cuya época de mayor esplendor se sitúa en las décadas de 1760 y 1770, en el París del Antiguo Régimen y el Siglo de las Luces. En ese tiempo los salones suministraron un foro en el cual los *philosophes* entablaron un comercio intelectual ceñido a las convenciones del trato social más refinado. Junto con abrir canales de ascenso social y prestar soporte al tráfico de influencias, dichos salones instituyeron nuevos mecanismos de validación intelectual, científica y artística; ya en el siglo XVII, en más de una ocasión Corneille no dio a conocer sus obras teatrales en la Comédie Française, sino al cabo de haberlas leído en el salón de la marquesa de Rambouillet. Más tarde, los salones ofrecieron, a un grado ni siquiera igualado por las academias de la época, una audiencia crítica

ante la cual los autores de la Ilustración sometieron a examen sus obras e ideas, las primeras en calidad de primicia. Cada “nuevo trabajo, los musicales incluso,” en palabras de Jürgen Habermas, “tenía que buscar su legitimación inicialmente en este foro”.⁵⁷ Como puertos de recalada para los visitantes ilustres, contribuyeron a poner en contacto a los intelectuales más destacados de Europa: valga el caso de David Hume, quien conociera a Rousseau en casa de Julie de Lespinasse. Dato nada marginal, los manuales sobre el *arte de la conversación* y otros tratados afines, atentos, como los primeros, a la elaboración de preceptos referidos a cómo hablar y dialogar con tino en público y en privado, venían editándose desde el siglo XVII en Europa.

Los salones literarios realizados en París a contar del XVII, con el tiempo germinaron a través del Viejo Mundo, ofreciendo una alternativa viable al dominio social y cultural de las cortes europeas (centros del orden estamental), tanto como un órgano del espíritu ajeno al cuerpo de las universidades, transido de escolasticismo. Les era propio cierto internacionalismo europeo análogo al de los humanistas del Renacimiento. En las postrimerías del siglo XVIII, incluso la sociedad berlinesa, rígidamente jerarquizada y reacia a la incorporación de la comunidad hebrea, detentaba salones presididos por mujeres judías que, al margen de las prevenciones nobiliarias, sociales y religiosas, congregaban en torno suyo a cuantos demostraban interés en conversar, con espíritu crítico y maneras gentiles, sobre literatura y filosofía moral. En Francia, la conversación refinada, cortés, era considerada como un atributo distintivo de la conducta civilizada no pocas veces indistinguible del ingenio y de los ritos de urbanidad. Debía aquélla sus virtudes a un proceso de maduración histórica signado en femenino; se pensaba que las mujeres estaban dotadas por naturaleza con el carácter moderado necesario para gestar, merced al auxilio de las buenas maneras y el tacto social, un tipo de diálogo e intercambio armónico y, en definitiva, una forma de sociabilidad sin aristas, rayana en el goce estético provocado por el arte. En uno de los tantos horizontes abiertos por el pensamiento ilustrado, las mujeres aparecían como los mayores agentes de la civilización, en virtud de su capacidad para actuar como una fuerza moderadora llamada a apaciguar los impulsos agresivos intrínsecos a la naturaleza masculina.

El desarrollo de una red epistolar internacional complementó y asistió las conversaciones de los salones; con su concurso, éstos ayudaron a articular una república de las letras cosmopolita, la que tomando la carta en un género literario destinado a captar un extenso público lector, amplió su radio de influencia, previamente circunscrito a una selecta minoría; tal el caso de la *Correspondencia literaria* (1753-73) de Melchior Grimm, extranjero asiduo a los salones parisinos en su época de máximo esplendor, cuyas cartas referentes a los eventos de la vida cultural y social de la capital francesa, eran leídas con sumo interés en toda Europa, contándose entre sus suscriptores soberanos con disposición favorable hacia las obras y los autores de la Ilustración, como Federico el Grande y Catalina II. Este proceso alentó la formación, a un punto sin precedentes,

de una esfera pública burguesa, que al cabo permitió debatir a descubierto materias de interés común atingentes a la marcha de los asuntos públicos.⁵⁸

Aun cuando los salones chilenos formaron parte de un contexto histórico radicalmente diferente, igual ofrecieron, a semejanza de sus ancestros franceses, un medio de autoeducación a las mujeres de la elite. El salón santiaguino cuajó en una institución cultural en contrapunto con las tertulias convencionales, en las que predominaban pasatiempos ajenos a cualquier afán intelectual, como los juegos de naipes.⁵⁹ Fin expreso del salón fue incitar el desarrollo intelectual de las mujeres, no así matar el tiempo en un ambiente de ocio desapercibido. La singular sociabilidad desarrollada en su seno, combinaba las responsabilidades del trabajo con los compromisos de la vocación, sin faltarle tampoco el tono ameno de las actividades recreacionales. A la distensión vital del esparcimiento, añádiale pues la cuota de disciplina necesaria para paladear la conversación ilustrada. Sainte-Beuve, evocando los salones de la Restauración, escribió con precisión epigramática: “cierta apariencia de estudio hasta en los pasatiempos, y de disertación hasta en los momentos de solaz”.⁶⁰ Lo mismo vale para el caso chileno. De esta combinación dependía el prestigio y éxito del salón.

¿De qué manera impulsó la ilustración de las mujeres? No sólo mediante un régimen de conversaciones periódicas con hombres cultivados: para funcionar satisfactoriamente, el salón también demandaba horas de estudio metódico a las mujeres, a fin de que éstas se hallasen en condiciones de aportar lo suyo a las conversaciones. De tal suerte, podían adoptar el papel de protagonistas y no ya de meras espectadoras pasivas, siendo la primera una opción preñada de desafíos y generosa en retribuciones; al interpretar un rol si no es que preeminente, activo al menos, enriquecían su acervo cultural, al tiempo que ganaban confianza en sus propias dotes intelectuales. Como el estándar o la medida de excelencia imperante en el salón correspondía a la educación recibida por los hombres, las mujeres veíanse apremiadas a instruirse por sí mismas, en orden a equipararse con sus interlocutores y no desentonar en el concierto de las conversaciones. La fortuna de los salones, y el poder de convocatoria que realzaba la gloria personal de sus anfitrionas, descansaba en esta dinámica: las mujeres difícilmente podían entusiasmar a los varones si las disparidades entre ambos sexos resultaban abrumadoras. De modo que la *conversación instruida no representó un substituto del estudio*, sino su semilla a la par que su fruto maduro. Martina Barros escribió:

Las señoras [...] recibían en sus casas y sabían elegir a sus [con]tertulios, no para tomar té o jugar bridge, sino para cambiar ideas y comentar las cosas del día. Estas reuniones estimulaban al hombre para lucir sus facultades y a la mujer la inducían a nutrirse de la cultura necesaria para no desmerecer en el concepto de sus [con]tertulios y para mantener el interés en sus recepciones.⁶¹

La crítica a los pasatiempos convencionales permite suponer la influencia de los salones franceses ilustrados, a los cuales se ha caracterizado como “lugares de trabajo”, ajenos a todo tipo de juegos.⁶² Todo hace presumir que los

salones chilenos también participaron del espíritu de los más eminentes salones de la Restauración, admirablemente descritos por Sainte-Beuve, quien, junto con Madame de Staël, fue a lo largo del siglo XIX uno de los autores más leídos en los círculos ilustrados de la elite.

Es cierto que por su cultura y dotes intelectuales, Martina Barros fue, desde cualquier punto de vista, una mujer inusual para su época y su medio. En cuanto a su perdurable amor por el estudio, mucho le debía a su tío, Diego Barros Arana, quien se hizo cargo de su educación después de la temprana muerte de su padre, y a su marido, Augusto Orrego Luco, talentoso médico que además sobresalió como político y periodista. Con todo, cabe pensar que el conocimiento sobre la *petite histoire* de los salones franceses era generalizado entre los círculos ilustrados de la elite. Téngase presente que las obras de Sainte-Beuve y los hermanos Goncourt, autores que escribieron sobre aquéllos, eran debatidas en los salones chilenos en los años que precedieron a la Guerra Civil de 1891.⁶³ Es más, a *La Femme au dix-huitième siècle* (1862) de Edmond y Jules de Goncourt, siguieron, en 1882, 1897 y 1905, la publicación de biografías de *salonières* del Siglo de las Luces. Considerando que abundaban las mujeres de la elite habituadas a leer en francés, no es aventurado conjeturar que más de alguna tuvo conocimiento de estos textos, o bien de las “memorias y epistolarios de damas y *philosophes*” publicados después de la Revolución francesa. Una obra como el diario en cinco volúmenes de Madame Necker, editado en forma póstuma por su marido, suministra un detallado registro de la vida de una prestigiosa *salonière*, que reflexionó con regularidad sobre la manera adecuada de llevar su vida y su salón. Chateaubriand, a su turno, le dedicó un capítulo de sus memorias a Madame Récamier, quien puso su salón al servicio de su amante, cuyos escritos aún inéditos solían leerse en las veladas presididas por ella. También viene al caso señalar que los textos de autores europeos, desde luego los publicados por las casas editoras francesas, fueron más asequibles desde la década de 1840, cuando comenzó a desarrollarse un comercio especializado en este rubro, tanto en Santiago como en Valparaíso.⁶⁴ En definitiva, dado que la historia íntima de los salones parisinos no fue extraña a los círculos ilustrados de la elite, es de creer que el salón como institución social y cultural, lo mismo que la actuación de las *salonières*, respondió a un esfuerzo premeditado y consciente por apropiarse y emular las formas de sociabilidad asociadas a los salones franceses.

Los salones de finales del siglo XIX cumplieron una función vedada a —o bien descuidada por— los establecimientos educacionales femeninos. Ni los colegios de religiosas ni las instituciones culturales menos formales, interpretaron el papel de los salones en lo referente a la educación de las mujeres. Las sociedades científicas y literarias, de igual manera que los clubes y las academias, conservaron a lo largo de todo el siglo su calidad de organizaciones exclusivamente masculinas. Incluso en la Unión Católica —institución creada para movilizar a los católicos ante la ofensiva laicizante del gobierno del liberal Domingo Santa María (1881-86)—, a las mujeres no correspondió más que la supervisión

de obras de caridad y la conducción de tareas de propaganda, no así, a juzgar por la evidencia disponible, participar de lleno en sus actividades culturales.⁶⁵ Ya se sabe que hacia 1889, varias mujeres de clase alta asistían a los eventos culturales, tales como conciertos y conferencias, organizados en el Círculo Católico, predecesor de la Unión Católica; pero sólo el año 1899, con el restablecimiento del Ateneo de Santiago, cerrado abruptamente a raíz de la Guerra Civil de 1891, algunas mujeres comenzaron a intervenir en las labores de las instituciones culturales. El nuevo Ateneo constituyó, en expresión de su secretario, la “primera corporación literaria que tuvo asistencia femenina constante en sus sesiones de trabajo”.⁶⁶ Sin perjuicio de lo anterior, las mujeres de clase alta que sacaron provecho de esta situación inédita, representaron una minoría demasiado escueta, casi negligible, de cinco mujeres, escritoras todas ellas.⁶⁷

Bien mirado, la influencia de los salones nunca excedió a un grupo selecto e ilustrado de la elite, pues no todas sus reuniones sociales procuraban el cultivo del intelecto. Con frecuencia, por lo demás, las conversaciones sostenidas en los salones mixtos deslucían ante los diálogos trenzados en las tertulias masculinas, fuesen éstas literarias o políticas. Martina Barros, la única mujer admitida en tales veladas, lamentó que los hombres doctos a quienes ella admiraba, cuando en presencia de mujeres, estimasen necesario desviar la atención hacia conversaciones frívolas e insulsas, en orden a satisfacerlas. Ello no obstó para que el salón, con ser una institución cultural no exenta de imperfecciones, aún ofreciera, en las últimas décadas del XIX, un medio intelectual lleno de vitalidad. La literatura, el arte, la música y la política, representaron temas habituales de discusión. El Romanticismo francés, posterior al inglés y al alemán, alimentaba las conversaciones. No sorprende saber que varios de los autores –románticos o no– que entusiasmaban al público lector de los salones, eran franceses. También la ópera despertaba gran interés entre sus concurrentes, propiciando juicios críticos y comentarios. Los poetas románticos de España –Espronceda, Campoamor, Núñez de Arce, Bécquer– contaban con devotos seguidores entre el público de los salones; en estos círculos, igualmente apreciada era la obra de poetas chilenos como Guillermo Blest Gana, Eusebio Lillo y Guillermo Matta. Martina Barros recordó con singular viveza la actitud inquisitiva y el espíritu efervescente imperante en los salones de las postrimerías del siglo XIX:

Ministros de Estado, miembros del Congreso, escritores de nota, la “elite” de la inteligencia y la cultura, se encontraba en las reuniones diarias de aquellos salones, y los que no se inclinaban a la política, conversaban sobre teatro, letras, música, etc. La lectura de las últimas novelas que llegaban, daba margen a conversaciones muy amenas, pasando en revista a los autores de moda como Balzac, Victor Hugo, Chateaubriand, George Sand, Lamartine, Musset, Théophile Gautier, Merimée, los Goncourt, Sainte-Beuve, Alfonso Karr, Alfonse Daudet y otros ya olvidados, que suscitaban hondas discusiones. Se comentaban con calor los problemas que en esas obras se desarrollaban, la verdad y la vida de sus caracteres, los estudios del corazón humano que de ellas se desprendían y la personalidad misma de sus autores.⁶⁸

Al contarse entre sus participantes ministros y parlamentarios, la política contingente ocupaba un lugar importante en el curso de las conversaciones, reclamando la atención de hombres y mujeres. Éstas, privadas de los plenos derechos de la ciudadanía y excluidas del ejercicio de las facultades políticas, tomaron interés por la cosa pública desde los albores de la República. Aunque rara vez se pronunciaron en materias de interés general (a vista de todos, se entiende), en el foro privado suministrado por las tertulias, ya desde fines de los 1820s se ocuparon de los temas de actualidad.⁶⁹ Pese a haber sido la política, en sus vetas partidaria y parlamentaria, patrimonio masculino, en los salones las mujeres encontraron la oportunidad de conversar, ya entre ellas mismas o con políticos prominentes, acerca del estado y la marcha de los asuntos públicos. La pasión política de las mujeres conoció momentos culminantes. A inicios de la década de 1880, cuando se debatieron y aprobaron las polémicas “leyes laicas”, o en los agitados años del gobierno de Balmaceda, mujeres como Martina Barros asistieron a las sesiones del Congreso para escuchar los discursos desde las atestadas galerías, manifestando con aplausos su aprobación ante las palabras de los oradores y, cabe imaginar, su posición respecto a los tópicos en debate.⁷⁰ En los albores de la Guerra Civil de 1891, según refiere Luis Orrego Luco, en el salón de Lucía Bulnes todas las damas “hablaban acaloradamente sobre la situación política y la próxima caída del ministerio”.⁷¹

Por añadidura, unas pocas anfitrionas desempeñaron un importante papel político, influyendo en el curso de acción seguido por partidos y políticos de primera línea. Después del suicidio del presidente Balmaceda, su madre, Encarnación Fernández, emergió como fuerza rectora del Partido Liberal Democrático formado por los balmacedistas. Al fin y al cabo, desde 1895, fecha en que retornó del exilio, hasta 1900, año de su muerte, los líderes de ese partido acostumbraron reunirse en su salón.⁷² Pero no hubo mujer capaz de rivalizar con las maniobras políticas de Sara del Campo, casada con el presidente Pedro Montt. No escapó a sus coetáneos la influencia ejercida por ella en la vida política de finales del siglo XIX y comienzos del XX, aun habiendo quien le imputó ordenar desde La Moneda actos represivos atentatorios contra la libertad de prensa, y el crimen de quien diese muerte a uno de sus hermanos en el trance de un duelo.⁷³ Lo cierto es que la exitosa carrera política de su marido debió tanto a ella como a sus talentos en la materia. Durante la Guerra Civil de 1891, el salón de Sara del Campo albergó a las mujeres de los líderes de la oposición, perseguidos entonces por los agentes del gobierno de Balmaceda. Ni siquiera la muerte de su marido, acaecida en 1910, mermó su posición en el escenario político de la República Parlamentaria, pues en lo sucesivo continuó organizando, por cuenta propia ahora, las tertulias antes destinadas a impulsar la carrera pública de Pedro Montt.⁷⁴ En 1917, en un artículo que alternaba la rememoración del gobierno de Pedro Montt con el homenaje a Sara del Campo, se reconoció la existencia de una sociedad conyugal en la que él fungía de administrador nato, aficionado al detalle, y ella de genio de la política de alto vuelo o “piloto” capaz de sortear los escollos y

evitar el naufragio de la nave capitaneada por su marido. "La Presidenta, aunque parezca una herejía, tenía más agudeza política que su marido; y ponía mucho más pasión que él en el desenvolvimiento de la vida gubernamental".⁷⁵

Es obvio que la influencia detentada por Encarnación Fernández y Sara del Campo derivaba de sus particulares personalidades, no menos que de sus relaciones de familia; pero sigue siendo revelador que haya sido el salón el medio a través del cual lograron incidir en los avatares del acontecer político. A diferencia de las tertulias y los banquetes exclusivamente masculinos, por lo común abocados a la coordinación de los gabinetes, a la formulación de alianzas políticas, y al fortalecimiento de las lealtades partidarias, los salones presididos por mujeres podían establecer puentes entre facciones rivales. Se sabe que gracias al talento de Laura Cazotte, quien, con la ayuda de su cuñada, agasajó en su salón a los líderes de la oposición, Carlos Antúnez, su marido, no tuvo que enfrentar, cuando se desempeñó como ministro del Interior, el arduo antagonismo político y parlamentario que embistió al gobierno de la época.⁷⁶ La función políticamente conciliadora de tales recepciones llegó a merecer el comentario de Manuel Rivas Vicuña, autor que, si bien ciego al papel interpretado por Laura Cazotte en la materia, a lo menos reconoció los beneficios derivados de su hospitalidad. Escribió en sus memorias políticas:

Antes de la revolución [Carlos Antúnez] había sido varias veces ministro de Estado, y aún en las épocas más agitadas de la oposición asistían a sus salones los adversarios del gobierno más ardientes en sus ataques [...] Esta situación le permitió allanar muchas de esas pequeñas dificultades que originan grandes tempestades y realizar aquella obra de previsión, tan ignorada como ingrata, que evita los conflictos y trata de apaciguar los ánimos.⁷⁷

En efecto, estas mujeres actuaron en una sociedad cuya actividad política, en razón de su misma índole oligárquica, tendía a confundirse con la vida social de la elite; de ahí que los salones diluyeran las fronteras y restaran intensidad a las distinciones entre las esferas pública y privada. Entre paréntesis, la función conciliadora del salón de Laura Cazotte tiene antecedentes. Durante el gobierno de Bulnes, Enriqueta Pinto, madre de Lucía Bulnes, sostuvo una tertulia en la que, atendiendo al expreso deseo de su marido, se evitaba hablar de política, con el afán de ofrecer un "campo neutral" donde pudieran encontrarse los "*pipiolos* amigos del padre y los *pelucones* partidarios del esposo".⁷⁸ A ella, amiga de figuras de la relevancia de Claudio Gay, Ignacio Domeyko, Andrés Bello, José Joaquín de Mora y Bartolomé Mitre, se le atribuye haber promovido el giro conciliador de la administración de su marido, particularmente en lo relativo a la ley de amnistía de 1841, que favoreció a todos los desterrados por motivos políticos.⁷⁹

A excepción de la tertulia de Enriqueta Pinto, que a pesar de sus preven- ciones en punto a temas de conversación, igual cumplió una función política evi- dente, ayudando a estrechar lazos entre antiguos enemigos, los salones asegura- ron que los asuntos de interés general, concretamente la crónica y el análisis

político, también integrasen el mundo cotidiano de las mujeres de la elite; en virtud de estas reuniones íntimas, estuvo de su parte involucrarse en la vida pública del país, sin atentar contra las costumbres y los valores tradicionales que les asignaban un papel, más que nada, doméstico. La función identificada con la anfitriona gentil les permitió colaborar al adelantamiento de las carreras políticas de sus maridos, parientes y protegidos; desde el ámbito privado, permeable como era al exterior, pudieron ejercer algún grado de influencia, no despreciable a veces, si pensamos en los ejemplos recién expuestos. Resta aclarar que si echaron mano a este recurso, lo hicieron a título personal, para asistir a los hombres de sus familias o a protegidos ocasionales, pero no con miras a propiciar, acordando voluntades en función de un proyecto femenino colectivo, cambios positivos en lo relativo a la condición social de las mujeres.

ANFITRIONAS ILUSTRES

PARA ENTENDER el compromiso emocional de las mujeres de la elite con las vicisitudes de la actividad política cupular, no basta con llamar la atención sobre sus vínculos personales con los políticos prominentes de la época, las más de las veces parientes o maridos suyos. El que aquellas mujeres asistiesen al Congreso para escuchar a los grandes oradores, revela el valor concedido a la oralidad durante el siglo XIX. Igual cosa se infiere de la actitud declamatoria ante la poesía, y del difundido y perdurable gusto por las melopeas, fenómenos parcialmente atribuibles al potencial mnemotécnico de una versificación sujeta a reglas métricas. El prestigio con visos de leyenda adosado a las figuras de los más insignes oradores profanos y sagrados, no hace sino reforzar este planteamiento. Al respecto, Martina Barros ofrece un caso ilustrativo. Juzgaba la elocuencia como un “don divino”,⁸⁰ deleitándose por igual con la oratoria política y religiosa, con el discurso parlamentario y el sermón eclesiástico. La valoración de los talentos oratorios, manifestación de una elocuencia viril con resonancias clásicas en el ámbito político, constituía la faceta pública de un fenómeno social que también presentó una cara privada: el arte de la conversación desarrollado en los salones. Así considerados, el discurso público y el lenguaje íntimo de la sociabilidad elitaria aparecen como dos expresiones de una sensibilidad distendida entre polos a la vez distantes y cercanos. La oratoria pública, tribunicia, resaltó por su estilo confrontacional, ajustado a las imágenes de masculinidad prevalecientes; la conversación ilustrada de los salones mixtos, en cambio, se destacó por acogerse a las palabras amenas y cordiales, y a los gestos de asentimiento y estímulo de las anfitrionas.

El arte de la conversación –arte doméstico carente de estridencias– tenía sus propias reglas, no por tácitas menos efectivas. La *salonière* era la persona encargada de implementarlas. A ella correspondía organizar la reunión y, especialmente, conducir el flujo de la conversación. De Laura Cazotte, a cuyo salón Martina Barros asistía noche a noche, se aseveró que “daba el tono a la

conversación y su aplauso amable y oportuno estimulaba los esfuerzos de cada uno por despertar interés y merecer su aprobación".⁸¹ Los logros sociales de Lucía Bulnes en cuanto *salonière* también merecieron el elogio entusiasta de Luis Orrego Luco, uno de sus invitados regulares, e incondicional admirador; significativamente, éste sostuvo que los talentos naturales, la aguda inteligencia y la refinada cultura que distinguían a Lucía Bulnes, acusaban la benéfica influencia, en lo tocante al trato social, de la sociedad cortesana del Segundo Imperio, que ella, viviendo en París, frecuentara junto a su marido. Semejante entrenamiento informal arroja luz sobre por qué, en la percepción de Orrego Luco, su notable "don de sociabilidad" no representaba un ornamento externo a su persona, sino parte constitutiva de ésta, a modo de una segunda naturaleza. Lucía Bulnes se destacaba por su habilidad para encauzar el curso de la conversación, en forma tan cortés y llena de tacto, que estimulaba la participación de todos sus invitados. Dándoles la oportunidad de exhibir sus dotes particulares, de dar a conocer en público lo mejor de sí mismos, ella lograba que todos los concurrentes de su salón se sintieran a gusto y, por lo tanto, deseosos de incorporarse al diálogo y proclives a compartir sus opiniones, enriqueciendo de tal suerte el caudal de la conversación, al tiempo que la experiencia de sus huéspedes.

Esta habilidad, particularmente en los casos de Lucía Bulnes y Laura Cazotte, en parte respondía a su preparación como *salonières* a manos y por obra del ejemplo de sus propias madres, afamadas anfitrionas las dos. Se ha escrito que Enriqueta Pinto "mantenía sus salones abiertos a la juventud más brillante de la época, a los extranjeros de distinción que visitaban el país", a las amistades habituales de la familia y, como ya mencioné, a los amigos de su padre, estos últimos apegados a ideas políticas no necesariamente del gusto del presidente Bulnes, su marido. Hay que advertir que Enriqueta Pinto atendía a sus invitados con la asistencia de sus hijas.⁸² Este dato trasciende la anécdota, si consideramos que con Lucía, la más ilustre *salonière* chilena, Enriqueta hizo escuela. La madre de Laura Cazotte, María del Carmen Alcalde, obró algo similar con su hija. Resulta de interés saber que su maestra en las artes del buen trato vivió en París; ahí, a consecuencia de la posición de la familia de su marido, diplomático francés, frecuentó a la sociedad elegante, adoptando costumbres que no abandonaría cuando de regreso en Chile. Es así como "tuvo su salón, en donde reinó la distinción francesa; el culto del arte, de lo bello, de la literatura", congregaban cada noche a la "juventud más culta, los hombres de más talento, las más graciosas y linajudas damas", y nótese que no para jugar, sino más bien para cenar, oír y tocar música, y, a veces, conversar hasta el alba.⁸³ Por cierto, Laura Cazotte también se cuenta entre las concurrentes a las tertulias de Enriqueta Pinto.⁸⁴

Recapitulando, el engranaje de la conversación funcionaba adecuadamente en la medida en que la anfitriona, como escribió Wilhelm von Humboldt de la *salonière* Rahel Levin, lograba hallar en cada uno de sus huéspedes "alguna peculiaridad positiva y, por tanto, atractiva".⁸⁵ Para cualquiera *salonière*, era

de suma importancia dominar esta destreza social con desaprensiva soltura. Téngase presente que, aparte de los *habitués* de la casa, ellas recibían invitados ocasionales, entre los cuales no faltaban los extranjeros de paso o radicados en el país (ya aristócratas, diplomáticos, artistas o escritores), sin mayor conocimiento de los usos de la sociedad local, ni de los otros miembros de la concurrencia. Pensando en la actuación de Lucía Bulnes como anfitriona, Orrego Luco escribió un pasaje que describe sucintamente sus talentos individuales y, al mismo tiempo, muestra qué se esperaba de toda auténtica *salonière*:

Nadie supo, en igual forma, dirigir conversaciones, dar temas, insinuar ideas, hacer surgir, con varilla mágica lo que otras inteligencias ocultaban o callaban; alentar planes, evocar mundos secretos [...] conseguía revelar nuevas inteligencias a las que dirigía con la habilidad de un director de orquesta.⁸⁶

Esta función también podía ser ejercida en un salón conformado por varios grupos de interlocutores, a condición de que la anfitriona tuviera el tacto requerido para disponer a sus invitados de manera adecuada. Delia Matte de Izquierdo, presidenta del Club de Señoras inaugurado en 1916, presidía las reuniones sociales de la institución en el estilo de una gran *salonière*, una destreza de seguro adeudada a sus años de oficio como anfitriona privada. Se necesitaba de mucho talento para intervenir en un salón lleno de gente; de talento de sobra, para orquestar con desenvoltura reuniones fragmentadas en varios círculos de conversación y en diversos temas de interés. Con esmerada delicadeza, a semejanza de otras consumadas anfitrionas, Delia Matte conducía y daba forma a conversaciones caracterizadas por una dinámica de relaciones complementaria, en vez de competitiva. Según Martina Barros:

ella lo organiza todo y, sin hacerlo sentir, coloca a cada uno en el medio ambiente que le es propicio. Es maravilloso ver cómo dirige la conversación, haciendo lucir las aptitudes de cada uno de los asistentes. Con su cultura superior y la lectura constante de lo último que se publica, está siempre impuesta de lo que más llama la atención en cualquier materia y con su finura exquisita, insinúa a cada uno aquello que domina y lo estimula a hablar de lo que sabe, ya sea literato, pintor o músico; a los extranjeros, de lo que sobresale en su tierra; a las mujeres de sus aficiones.⁸⁷

En vista de que el retrato de Delia Matte como anfitriona, legado de Martina Barros, presenta notorias similitudes con el de Lucía Bulnes, ejecutado por Orrego Luco, cabe pensar que la figura de la *salonière* llegó a encarnar un *papel histórico caracterizado por actuaciones individuales*. Después de un examen detenido de este párrafo, queda en evidencia que este arte del trato social tenía como finalidad la integración de cada uno de los invitados en la corriente de la conversación; para tales efectos se evitaba, con celo casi programático, la emergencia de posiciones confrontacionales. Por lo que atañe a la conversación, la anfitriona jugaba, por citar la apta expresión de Karl Mannheim, un "rol catalizador".⁸⁸ Adherían, en este punto, a las premisas

protocolares del salón francés en su expresión clásica. En opinión de Madame Necker, madre de Madame de Stäel, lo propio de las *salonières* era suscitar la creación de lazos de intimidad y reciprocidad entre sus invitados; gracias a su atenta mediación, anotó, los “sentimientos” de cada individuo podían anidar en las “almas” de los otros contertulios.⁸⁹ A decir de una estudiosa de los salones europeos, la *salonière* “reduce las diferencias y genera a la vez bienestar anímico y agitación intelectual”, haciendo de sus intervenciones actos de “mediación” social y cultural.⁹⁰ Saber “poner en contacto a sus invitados”: he aquí un antiguo deber básico de toda anfitriona, con plena vigencia en 1915.⁹¹ Este procedimiento aseguraba, en el caso de los salones franceses y chilenos, el desenvolvimiento de una forma de sociabilidad delineada por gestos de cortesía.

Las ideas que subyacen al perfil ideal de la anfitriona de sociedad, independientemente del talante de sus reuniones, circulaban en Chile a lo menos desde 1846, cuando Rafael Minvielle, miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, publicó una traducción, adaptada a los usos y costumbres locales, de *El libro de las madres y de las preceptoras*, obra francesa relativa a la educación femenina premiada por la Academia de ese país en 1845. En sus páginas se aborda el tema de la urbanidad, calificándola como aquella virtud social que torna grata a la persona en sí misma, a la par que llena de contento y satisfacción a todos cuantos tratan con ella. “Con respecto a la conversación”, se precisa a partir de la experiencia social francesa, el “medio de dar gusto a las personas que recibimos en nuestra casa, es dejarlas producirse con todas las ventajas que pueden deber a sus conocimientos, a su experiencia i a su especialidad; es hacer recaer naturalmente la conversación sobre las materias que les son propias”. Aunque en este libro se incita a las mujeres a callar con reverente modestia antes que a sumergirse de lleno en el caudal de las conversaciones, igual se le asigna una función central a la “ama de casa”, a juzgar por la opinión según la cual a ella le “bastan algunas palabras dichas a propósito para reanimar una conversación lánguida, para sostenerla con interés i darle un jiro nuevo antes que quede agotada”.⁹²

Es forzoso reconocer que las virtudes de la *salonière*, y en general las de cualquiera anfitriona, se basaban en definiciones de género de fuerte gravitación social. El que la *salonière* estuviera llamada a conducir el salón sin tener que reclamar para sí los derechos de una autoridad, revela hasta qué grado su rol acusaba la influencia de las ideas contemporáneas sobre la femineidad.⁹³ “El secreto de las mujeres que se distinguen por su amabilidad”, leemos en la obra de Minvielle, “es saber olvidarse de sí para hacer valer” a las otras personas.⁹⁴ La capacidad de acallar los propios deseos, a fin de prestar atención a las necesidades del otro, era considerada a un tiempo una vocación y un atributo femenino, del cual dependía tanto el bienestar colectivo de la familia, como el de cada uno de sus miembros. No es de admirarse, pues, que este rasgo también formara parte del perfil de Laura Cazotte, *salonière* a quien Martina Barros describió como “generosa y siempre lista para hacer la vida agradable a cuantos de cerca la rodeaban”.⁹⁵ Cuando menos en la segunda mitad del siglo XIX, ade-

más, se estimaba que el sostenido trato social con las mujeres de la elite ejercía efectos benéficos en los modales y en la sensibilidad de sus interlocutores varones. Mercedes Marín, anticipándose en dos décadas a Pedro Balmaceda,⁹⁶ consideró al salón mixto como una institución intrínsecamente civilizadora, en la medida en que las relaciones sociales con mujeres educadas contribuía a refinar, según su raciocinio, las maneras y el carácter de los hombres, ya que en orden a agraciarse con ellas, éstos necesitaban gobernar y aquilatar sus pasiones e impulsos. En 1865, Mercedes Marín escribió:

Las mujeres bien educadas forman en ellos las maneras cultas i finas. La necesidad de agradarlas les impone una multitud de pequeños esfuerzos sobre sí mismos [...] i la naturaleza áspera i dominante del hombre recibe un pulimento precioso que le hace a la vez dócil a la razón i accesible a los impulsos benévolos que son el dote más distinguido de la verdadera civilización.⁹⁷

Respecto a la función del salón mixto en la historia íntima de la elite chilena, Martina Barros y Orrego Luco manifestaron opiniones análogas a la suya. La primera sostuvo que la “conversación entre personas cultas e inteligentes y cultivadas”, a la cual estimaba como

el mayor de los atractivos de la vida social, no sólo instruye y despierta interés, por todo lo que ocurre en el mundo que valga la pena de comentarse, sino que pule y refina el lenguaje y las maneras en sumo grado, sacude las contrariedades y preocupaciones de la vida diaria y levanta el espíritu hacia problemas más elevados.⁹⁸

Por su parte, Orrego Luco definió el salón de Lucía Bulnes como uno de aquellos “centros de cultura superior, de elegancia, de ingenio y de buen gusto que contribuyeron a formar el alma de nuestra sociedad antigua”.⁹⁹ En otras palabras, ambos autores coinciden en juzgar los salones no sólo como centros de la vida intelectual, sino también como instituciones donde se forjaba la distinción social. Después de tratar con algunos de los exponentes más representativos de las familias patricias, Fernando Santiván, advenedizo en sus reuniones, escribió:

Estas familias conocieron [...] las sutilezas del buen trato social; el ingenio agudo y el buen decir; la delicada sensibilidad psicológica, acompañada de buena intención para evitar desagradados al interlocutor; toda una complicada red de urbanidad o buenas maneras que permitía hacer más agradable la convivencia humana.¹⁰⁰

En gran medida los salones permitieron el desarrollo de estas maneras refinadas. Quienes frecuentaron este entorno social, pudieron someter sus conductas, sus gestos, sus disposiciones corporales y su lenguaje, a un atento y periódico escrutinio recíproco. Sostengo que la institución del salón preconizó el desarrollo de un ideal lo suficientemente plástico, flexible, como para resultar atractivo y apropiado a hombres y mujeres a la vez. De la institución del

salón han dicho sus cronistas que ofrecía un paréntesis gozoso a la experiencia pedestre de lo cotidiano. Esta incursión al reino del espíritu alentó el ideal de la persona cultivada, un ideal que estaba al alcance de hombres y mujeres indistintamente, pues en lo sustancial coincidía con la figura del diletante, del escritor *amateur* y del esteta, más que con la del profesional universitario. Producto del carácter mixto de la audiencia del salón y de las consiguientes disparidades educacionales entre sus miembros, se hace difícil imaginar otra instancia capaz de prestar semejante estímulo a las conversaciones de orden cultural y, por añadidura, atenuar las diferencias y desigualdades de género. Al involucrarse en debates sobre temas tales como la literatura, el arte y la música contemporánea, los hombres, pero en especial las mujeres, ampliaron la gama y la profundidad de sus conocimientos. Por esta vía, es legítimo pensar, maduraron puntos de vista más reflexivos e inquisitivos.

En el fondo, el salón impulsó el desarrollo y puso de relieve un determinado modelo de urbanidad y un tipo particular de edificación personal. Éstos aportaron, a quienes los cultivaron con tiento, otra forma de distinción social. Esta última supuso elementos de juicio propios, con arreglo a los cuales evaluar la calidad de las personas. En otros términos, los salones suministraron un *corpus* de conocimientos que, pese a carecer de aplicación práctica y valor utilitario en sentido estricto, era especializado y por ende susceptible de convertirse en un índice de notoriedad, no sólo frente a sujetos de clase media o movilidad ascendente, sino también ante personas de la elite menos refinadas en punto a cultura. A diferencia de la dimensión educativa del salón, que favoreció más que a nadie a las mujeres, su potencial en cuanto dispositivo socialmente diferenciador, resultó sobre todo pertinente a los hombres de la oligarquía. Los salones, a fin de cuentas, ayudaron a validar un modelo de excelencia cultural que difería de la formación del profesional universitario, lo que neutralizaba en cierto grado la virtualidad niveladora u homogeneizadora de la educación secundaria y superior. Esto fue complementado con el desarrollo de maneras refinadas, de una conducta cortés y de un singular sentido del decoro, factores que manifestaban públicamente la vida de ocio llevada en privado. Mediante este expediente, las distinciones de clase, e incluso de *status* al interior de la misma oligarquía, fueron transformadas en formas de sensibilidad, en hábitos físicos y en patrones de gusto distintivos.

EL *GRAND TOUR* CRIOLLO: ALTA CULTURA Y DISTINCIÓN SOCIAL

EL IDEAL de la persona cultivada no sólo fructificó al amparo de los salones. La versión criolla del *Grand Tour* europeo, junto con ofrecer la oportunidad de aquilatar nuevos placeres mundanos y tomar contacto con las fuentes del arte y la arquitectura occidentales, tendió a complementar y reforzar el modelo de edificación personal promovido en ellos. Si originalmente la experiencia del

Grand Tour estuvo solamente a disposición de los hombres, también, especialmente a contar de fines del siglo XIX, comenzó a incidir en la vida de las mujeres de la elite. A grandes rasgos, las mujeres viajaban en compañía de sus familias. Sea como esposas o hijas, su participación en el *Grand Tour* estuvo no pocas veces supeditada a la voluntad y trayectoria vital de sus padres y maridos. Mujeres como Amalia Errázuriz y Luisa Lynch, las dos casadas con diplomáticos, e Inés Echeverría, mujer de un militar que desempeñó parte de su carrera representando a Chile en Europa, presentan casos instructivos de la influencia del *Grand Tour* femenino en la vida nacional. En la década de 1910, ellas destacaron en la creación y conducción de instituciones femeninas tendientes al fomento de la cultura de las mujeres y/o a la movilización de grupos de católicas, en el contexto de una cruzada social de regeneración moral.

En relación con el *Grand Tour*, los hombres establecieron la norma a seguir por las mujeres entusiasmadas con la idea de perfeccionar su cultura. Como observara el escritor Fernando Santiván, en Chile, hacia el cambio de siglo, el “arte fue cultivado [...] casi exclusivamente por aristócratas de raza y por hombres de fortuna. [...] Viajaron por Europa y Oriente como grandes señores, en constante comercio con la cultura refinada de otros países”.¹⁰¹ Detenerse en la evolución del *Grand Tour* masculino, así pues, representa un paso preliminar necesario, en caso de que deseemos comprender cómo un vínculo más estrecho con Europa abrió nuevas posibilidades de autoeducación a las mujeres de la oligarquía. Al respecto no es irrelevante que éstas, a diferencia de los hombres de su clase, algunas veces se educasen bajo la supervisión de institutrices europeas, al margen de cualquiera institución formal de enseñanza. Dicha instrucción bien pudo funcionar como preámbulo al *Grand Tour*, porque familiarizaba de antemano a las niñas y a las jóvenes con los idiomas y, aun si sólo indirectamente, con determinados aspectos referentes a las realidades del Viejo Mundo.

El descrédito de España, consustancial al proceso de Independencia, y el contacto más frecuente con ciudadanos de otras naciones europeas, ayudan a entender por qué la elite chilena, al buscar modelos para la República, centró su atención en Francia e Inglaterra antes que en España, cuyo dominio fue sucesivamente tildado por los líderes patriotas y los intelectuales liberales de premeditadamente opresivo y retrógrado. Los dirigentes patriotas, si en parte transformados por la fuerza de las circunstancias en clase dirigente a carta cabal, pronto comprendieron que la organización institucional y el gobierno del Estado nacional conllevaban desafíos de envergadura. Su satisfactoria resolución demandaba una mejor educación formal y mayores capacidades organizacionales, al estilo de las grandes burocracias europeas. Aun cuando en un comienzo se crearon nuevas instituciones y, a fin de dotarlas con el personal adecuado, se contrataron a menudo los servicios de intelectuales extranjeros, las familias de la elite no tardaron en enviar a sus hijos a Europa. Si dejamos a un lado a los pocos criollos prominentes que viajaron a este continente en tiempos de la Colonia —una experiencia que proporcionó nuevos criterios conforme a los cuales ponderar el desarrollo del país—, hubo que esperar hasta 1825 para que, con el

concurso de la armada francesa, el primer grupo de jóvenes patricios fuera enviado a París, aduciendo el propósito (según Pérez Rosales, por lo general fallido) de perfeccionar su educación.¹⁰² A la brevedad, otros estudiantes se sumaron al grupo pionero. Los resultados de esta experiencia fueron diversos. Algunos jóvenes, contraviniendo las expectativas y el propósito del viaje, adoptaron los manerismos propios del dandy; adhirieron, jactanciosamente, a posturas de corte anticlerical; y renunciaron al catolicismo, convirtiéndose en ateos o deístas. De regreso en Santiago, no sólo se burlaron con desenfado del clero, sino además abogaron por sus nuevas ideas y convicciones en lo tocante a materias religiosas.¹⁰³ Empero, a no pocos de los jóvenes educados en Europa, con el tiempo les cupo una destacada participación en el desarrollo de diversas áreas del quehacer nacional; sobresalieron en el gobierno y en la diplomacia, en los rangos superiores de la administración pública, en el desarrollo de la Universidad de Chile, en la prensa política y en el movimiento literario de 1842. Quedó sentado así el patrón al cual la elite se ajustaría en el futuro. En adelante, varios patricios chilenos estudiaron en colegios y universidades europeos; en especial desde mediados del XIX, en Europa y, si bien en menor grado, en Estados Unidos, también buscaron nuevos horizontes para la economía chilena y sus negocios privados.

Pero lo más relevante para la cultura social de la elite, si concebimos a ésta como los elementos más distintivos de su propia identidad de clase, no consistió tanto en la educación formal como en el conocimiento mundano y en las destrezas sociales adquiridas al vivir en –y al viajar a través de– Europa. Pérez Rosales, uno de los miembros de la “dorada juventud chilena” educada ahí en la década de 1820, escribió a la luz de su experiencia personal:

Sólo debe pasar á Europa el joven ya formado que, habiendo adquirido en las aulas patrias cuanto en ellas puede aprenderse, deseare perfeccionar sus conocimientos profesionales, ó aquellos otros que caracterizan al hombre de mundo y que sólo pueden adquirirse en el roce ordinario que motivan los viajes entre todo linaje de gentes, en el prolijo estudio de las costumbres y en el inmediato contacto con los hijos de las naciones más cultas del Viejo Mundo.¹⁰⁴

Junto a los hombres de mundo, claro está, hay que considerar a las mujeres de mundo. Es sintomático que Lucía Bulnes haya vivido en París, en trato con la sociedad cortés del Segundo Imperio, antes de convertirse en una avezada *salonière*. En último término, el *Grand Tour* implicó prioritariamente una manera metódica de viajar, y una formación literaria y artística, por no decir una educación del gusto estético, más que una carrera profesional. Además, la práctica del viaje a veces proporcionó estímulos para emprender reformas locales, como atestiguan los chilenos que, bien de paso o establecidos en Europa o Estados Unidos, aprovecharon de estudiar la organización y el funcionamiento de las instituciones seculares y religiosas de su interés, con el objeto de fundar otras análogas en Chile, o aunque fuese perfeccionar las ya existentes. En el imaginario de la época, París representaba a un tiempo a la Babilonia contem-

poránea, fértil vivero del vicio y la impiedad, y a la metrópolis moderna por antonomasia, encarnación consumada de la cultura y de la civilización reverencialmente admirada por tantos patricios chilenos. Entre éstos, el esnobismo campante no rara vez coexistió, en una misma persona incluso, con una refinada conciencia estética y una sólida cultura intelectual. Sin perjuicio de lo anterior, la búsqueda de una “vida disipada y estéril”, según consta en un testimonio de 1885, representaba el máximo afán de la mayoría de los chilenos radicados en París.¹⁰⁵

Lo mismo corre para comienzos del siglo XX. Es probable que el progreso de las comunicaciones y la formación de nuevas fortunas, gracias a la existencia de un mercado de valores inusitadamente favorable a la especulación, hayan contribuido a aumentar el número de turistas chilenos en Europa.¹⁰⁶ A los viajeros chilenos de la época se les condenó, y aun ridiculizó, debido a dos razones principalmente. Por una parte, se les retrataba como meros esnobs que dilapidaban sus capitales ostentosamente, en el intento por vencer las resistencias de los círculos privilegiados de la sociedad europea a los cuales aspiraban a incorporarse, tema ya novelado por Blest Gana en su obra *Los trasplantados*, publicada en 1904. Por otra, se les presentaba como groseros hedonistas que, en lugar de gozar del vasto patrimonio artístico y de la amplia gama de actividades culturales en oferta en París, se ocupaban exclusivamente de los pasatiempos de su vida mundana; así desaprovechaban la oportunidad de profundizar en su educación y, de paso, contribuir al progreso de la sociedad chilena mediante la importación y adaptación de ideas y proyectos innovadores.¹⁰⁷ “Pocos son los chilenos que se consagran en el extranjero”, se escribió en 1909, “al estudio útil de las instituciones sociales, de las fábricas, de los variados aspectos del arte y de la ciencia”.¹⁰⁸ Respecto a París, prevalecía la imagen de aquellas mujeres que, antes de embarcarse de regreso al país, se aprovisionaban de selectas prendas en las “grandes casas de confecciones”, y de una comunidad chilena que en vez de tratar con franceses, sólo se relacionaba con el “mundo cosmopolita y sud-americano” residente en la ciudad.¹⁰⁹

Queda claro que los chilenos acaudalados que realizaron a cabalidad la experiencia del *Grand Tour* no fueron más que una minoría exigua pero influyente. La institución intelectual del salón, de igual manera que el *Grand Tour*, debe ser considerado como una práctica cultural de importancia para un grupo restringido dentro de la elite. Esto no invalida su relevancia histórica. Las personas de ese círculo ilustrado, sin ser mayoría, ejercieron papeles rectores en las instituciones educacionales del país y en la sociedad chilena en su conjunto, destacando en el ámbito de la política, de la diplomacia, del periodismo, de la literatura y del arte, así como al mando de organizaciones de caridad. En suma, la experiencia del viaje ilustrado suministró puntos de comparación que permitían someter a análisis las falencias y ventajas de la sociedad chilena. Para las personas con inquietudes artísticas e intelectuales, el *Grand Tour* ofrecía la posibilidad de ensanchar sus horizontes culturales, amén de pulir, persuadidos de sus asperezas, la educación recibida en el país. Ello no obstante, los hombres

y las mujeres de clase alta sólo buscaron identificarse con el refinado modo de vida y el gusto de las capas superiores de las sociedades europeas; esto los llevó a pasar por alto, excepción hecha de personas tan singulares como Vicente Huidobro, el quehacer de las corrientes artísticas más innovadoras del momento. Tanto así que en la década de 1910, cuando se instaura el viaje de aprendizaje orientado a la apropiación creativa de las vanguardias europeas, predominan entre sus cultores los artistas de clase media.¹¹⁰

Pero tratándose del *Grand Tour* al estilo decimonónico, por qué no auxiliarse con el valor ilustrativo del ejemplo; Domingo Amunátegui Solar, hijo del historiador liberal Miguel Luis Amunátegui, nos surte con uno bien documentado. Como tantos jóvenes de la elite, Amunátegui Solar estudió en el Instituto Nacional, y después en la Universidad de Chile, descollando por su rendimiento en ambas instituciones. Se recibió como abogado el año 1881. Entre 1885 y 1886, vivió en París y viajó por Europa. Dada su condición social, apenas arribó a la metrópolis francesa recibió las atenciones no sólo de uno de sus tíos sino también de la amplia comunidad de residentes chilenos, de ajetreada vida social. A pesar de las distracciones en oferta, Amunátegui Solar nunca olvidó que, como escribió en una carta fechada el 22 de mayo de 1885, “la norma fija, inalterable de todos mis pasos en París es instruirme”. Durante las noches, acostumbró a asistir a funciones de ópera y a piezas teatrales. Poco después de su llegada, se ocupó en visitar el patrimonio arquitectónico de la ciudad, abarcando en sus diarios recorridos iglesias, museos, edificios públicos y monumentos. Gracias a la solicitud del embajador chileno en Francia, Alberto Blest Gana, también visitó la Sorbonne y la Cámara de Diputados, donde se interiorizó de los debates políticos del momento. Aunque no pudo asistir de manera regular a ningún curso, debido a las interrupciones ocasionadas por sus viajes por Europa, mientras se encontraba en París no desperdició la oportunidad de asistir a clases sobre temas tan diversos como medicina y economía. Significativamente, una de sus mayores preocupaciones durante su estadía en París consistió en estudiar *in situ* la enseñanza secundaria del país. En Europa obtuvo para sí o para enviar a su padre, a familiares y a conocidos, libros, revistas, artículos, catálogos de librerías, así como textos legales y regulaciones concernientes a la organización de instituciones públicas y del sistema electoral francés. Pese a no contar con el tiempo requerido para repetir en otras ciudades europeas el ambicioso plan de instrucción seguido en París, Amunátegui Solar siempre se esforzó por formarse a lo menos una imagen general, a vuelo de pájaro, de las actividades culturales, del nivel de progreso, y del patrimonio artístico e histórico de los lugares visitados.¹¹¹

Los frutos del *Grand Tour*, tal como ocurría con los del diletantismo, también estaban a disposición de las mujeres, aunque las jóvenes no disfrutasen de la libertad de movimientos concedida a sus hermanos. Se sabe de padres ilustrados que, adoptando el rol de cicerones de ritmo febril en el intrincado panorama cultural de las mayores capitales europeas, alentaron personalmente la educación de sus hijas (e hijos). Así registró la hija de Eliodoro Yáñez, desta-

cado político liberal, una visita a Londres con su padre: "Papá es un cicerone incomparable. ¡Qué actividad infatigable posee para conocer y recorrer! Es nuestro general en jefe que nos arrastra triunfante tras él. Lo seguimos felices pero rendidos y a veces caemos sobre las gradas de los museos pidiendo tregua, tregua".¹¹² El caso de Amalia Errázuriz prueba que una joven instruida de esta manera bien podía, en el futuro, officiar de cicerone de su propia prole.¹¹³ Además de sacar provecho de la vocación pedagógica de padres y madres, los viajeros chilenos de ambos sexos, en sus peregrinaciones culturales por Europa, recurrieron al auxilio provisto por libros de viaje como el *Voyage en Italie*, obra de Hippolyte Taine aparecida en 1866.¹¹⁴

Huelga decir que el ferrocarril Trasandino entre Santiago y Buenos Aires incrementó, desde su inauguración en 1910, la cantidad de viajeros chilenos a Europa. Las mujeres de la elite se beneficiaron enormemente con esta mejora en los medios de transporte. "Ya pasaron los tiempos", se escribió en fecha tan temprana como 1912, "en que un viaje de placer al Viejo Mundo, constituía un timbre de supremo honor, y era el comentario obligado de los círculos ociosos de los salones de tono de la capital". Por eso la mujer que, en virtud de su otrora exclusiva experiencia europea, se constituía en reina indiscutida de las modas y de las costumbres de sociedad, comenzó a adquirir los tintes de una figura añosa, amenazada de obsolescencia en la escena social capitalina. Las razones son obvias: su anterior autoridad mundana, cimentada en el lustre que da la exclusividad, se vio considerablemente mermada cuando los viajes a Europa dejaron de ser una "rareza".¹¹⁵ Desde entonces el *Grand Tour*, antaño el privilegio de una minoría de mujeres de clase alta, pasó a ser un episodio menos inusual, más recurrente en sus biografías. Para una escritora como Inés Echeverría, el hecho de vivir en Europa, continente de su total predilección, suponía una experiencia emancipadora que agudizaba la conciencia, pues permitía una forma de vida más libre, más desenvuelta y "artísticamente refinada", partícipe de cierto gozo vital no viciado por la chismografía, esa forma de censura pública expresada en privado. En su experiencia, incluso la publicación y "concepción" de las obras literarias resultaba más fácil en Europa.¹¹⁶ Producto de la carrera de su marido, resta añadir, Inés Echeverría tuvo la oportunidad, a inicios de la década de 1910, de asistir a las conferencias de Bergson y de conocer a Jung, dos de sus mayores héroes intelectuales.¹¹⁷ Su segunda residencia en Europa (1898-1902), con base en Berlín, donde su esposo oficiaba de adicto militar, le permitió visitar París, recorrer España, y emprender un peregrinaje a Tierra Santa, experiencias éstas que luego utilizaría como sostén para la escritura de sus libros *Hacia el Oriente* (1909), primera obra de la autora, y *Entre dos siglos* (1937), además de otros relatos de viaje.¹¹⁸

Aunque la costumbre del *shopping* en Londres o París aún continuaba siendo la mayor, si es que no la única preocupación de muchas damas acaudaladas, también hubo mujeres que, fuera de ocuparse de su autoeducación en el extranjero, adquirieron la experiencia y los conocimientos necesarios para establecer y liderar, una vez de vuelta en Chile, instituciones destinadas a promo-

ver la cultura femenina. Es el caso del Círculo de Lectura y del Club de Señoras, ambos concebidos en 1915. La aristocrática presidenta del Círculo aseguró que la nueva asociación femenina se benefició de la experiencia adquirida en el pasado por aquellas fundadoras cuyas que “han sido miembros de sociedades parecidas en el extranjero”,¹¹⁹ o sea en Estados Unidos y en Europa. Según refiere Delia Matte, Inés Echeverría, después de regresar de París, donde había frecuentado una sociedad femenina, reunió en su hogar a un grupo de mujeres para debatir la posibilidad de establecer una institución análoga en Santiago (el Club de Señoras), impulsando de este modo la definitiva materialización de una idea anteriormente “latente en muchos espíritus”.¹²⁰ Cabe precisar que Inés Echeverría había regresado a Europa en 1910, ingresando, tres años más tarde, al Lyceum, asociación femenina parisina presidida por la duquesa de Rohan, que buscaba instigar el desarrollo intelectual de sus integrantes conforme a las nuevas aspiraciones de las mujeres, amén de forjar relaciones de colaboración entre aristócratas y burguesas. Esa experiencia apercibió a Iris sobre las ventajas derivadas del productivo acercamiento entre clases diferentes.¹²¹ En resumidas cuentas, las mayores instituciones femeninas seculares creadas por mujeres de clase media y alta en los 1910s, obedecieron en parte a motivaciones y a expectativas maduradas en el curso del *Grand Tour*.

A la luz de estos ejemplos resulta evidente que, a pesar del reducido número de mujeres que sacaron partido de sus viajes y de su residencia en el extranjero, la experiencia del *Grand Tour* ejerció una significativa influencia en la vida cultural de Santiago, durante las décadas de 1910 y 1920. Nadie ignora (es un decir) que varias de las dirigentes del Club de Señoras tuvieron fama de mujeres de juicio independiente, resaltando por su originalidad en el contexto de la sociedad femenina de los altos círculos sociales. Se ofrece al examen el caso de Luisa Lynch, directora del Club. Además de sus largas estadías en países como Italia y Austria, vivió en Estados Unidos, en Japón y, por más de una década, en París, una de las tantas destinaciones de su marido, el diplomático chileno Carlos Morla Vicuña. En la capital francesa, los salones de Luisa Lynch fueron frecuentados por Rodin, quien hiciera un busto suyo, hoy parte de la colección del museo del escultor en París. De regreso en Chile, ganó reputación como anfitriona y protectora de artistas, “hombres de ciencia y de letras”, chilenos lo mismo que extranjeros. Demás está decir que era una mujer desprejuiciada, excéntrica: ávida lectora de teosofía y en su momento cultora del espiritismo, a sus hijos y huéspedes gustaba de leer en voz alta, indistintamente, *La vida de Mahoma* y *La imitación de Cristo*.¹²² En vez de ajustarse a las rígidas convenciones y hábitos que ceñían la actividad de las mujeres de su medio, Luisa Lynch y sus compañeras de ruta instauraron una tradición reformista pro-emancipación de la mujer, en los rangos superiores de la sociedad chilena de comienzos del siglo XX. La atribución de los cambios en materia de valores y costumbres a la influencia ejercida por las mujeres con “una o más vueltas por Europa i América”, indica a las claras, si no siempre el origen efectivo de las transformaciones, cuando menos el valor concedido al *Grand Tour* en cuanto

instancia de apropiación de los “aires de una civilización que [...] han dado por tierra con las usanzas de nuestros abuelos al extremo de haber pasado a la categoría de leyendas”.¹²³

El parentesco entre el salón y el *Grand Tour* viene dado por el énfasis común en un modelo de edificación personal que coexistió con el desarrollo de la educación universitaria profesional y su gradual pero consistente legitimación social. En la década de 1900, Benjamín Vicuña Subercaseaux argumentó que el “joven de sociedad” y el “hombre de salón elegante, aficionado al teatro, a las bellas artes i a las bellas letras”, estaban mejor capacitados que otros chilenos para sacar provecho de una larga temporada en Europa.¹²⁴ No obstante censurar la inclinación de ambos personajes a desestimar olímpicamente, movidos por su experiencia europea, los méritos de la sociedad, realidad y cultura chilenas, Vicuña Subercaseaux sostuvo que el diletante (o “*dilitanti*”, según su errada italianización del término), bien podía convertirse en la más acabada expresión de la civilización en Chile, si un sólido compromiso emocional con el progreso y bienestar de su país complementaba su refinamiento cultural. Su descripción del perfecto diletante nos ofrece un resumen del modelo de ilustración encarnado en la sociabilidad de los salones y en la experiencia del *Grand Tour*, tan válido en el caso de los hombres como en el de las mujeres:

un hombre bien preparado para gustar todo el sabor literario i artístico de la Europa, una persona que añade a su preparación cualidades personales de artista i hombre de letras, alma inclinada a deleitarse en las manifestaciones de la belleza, temperamento susceptible a la honda poesía del pasado i a la febril elegancia contemporánea.¹²⁵

OCASO DEL SALÓN

El *Grand Tour* continuó nutriendo el ideal del diletante y ayudando a paliar las deficiencias de la instrucción de las mujeres hasta bien entrado el siglo XX. A comienzos de éste, en cambio, la institución del salón intelectual comenzó a mostrar indesmentibles signos de declinación. En general, las más reputadas *salonières* de esas décadas eran aún las mismas anfitrionas que habían conducido los más prominentes salones del siglo anterior; de ahí que la apertura de la temporada social de 1914 pudiera ser convincentemente anunciada con la siguiente noticia de sociedad: “han abierto sus salones las distinguidas señoras Lucía Bulnes de Vergara y Sara del Campo de Montt. Consideramos que basta con nombrar a tan ilustres damas, para dar una idea de la distinción, elegancia y refinada cultura que sabrán comunicar a sus recepciones semanales que, necesariamente, serán el punto de reunión de nuestro mundo político, diplomático e intelectual”.¹²⁶ A esas alturas, todavía ninguna *salonière* equiparaba la posición de supremacía detentada por Lucía Bulnes en la alta sociedad de Santiago. En el cambio de siglo, ni siquiera los extranjeros de paso omitieron comentarios favorables sobre su talento como anfitriona y sobre su salón, donde

era costumbre conversar en francés o en inglés cuando los invitados no dominaban el castellano. Marie Robinson Wright, quien definió a Lucía Bulnes como una “talentosa anfitriona”, también escribió que “en las reuniones sociales en su casa nunca falta el ingenio y la chispa del diálogo fascinante”.¹²⁷ En la década de 1910, en virtud de su ya larga trayectoria como *salonière* y de su papel protagónico en la alta sociedad chilena, Lucía Bulnes, fuera de ser entrevistada, recibió los elogios de las revistas *Familia* y *Zig-Zag*. De su salón se dijo que era el principal centro de la alta cultura.¹²⁸ Aún en 1917, se le definió como el lugar en que “se reúne lo más significativo de la sociedad chilena”.¹²⁹ En sus ochentas, aunque asistida por sus hijas, Lucía Bulnes continuó presidiendo su salón. “Políticos y militares de actualidad, diplomáticos, prelados, hombres de letras, artistas, bellas e interesantes damas y un nutrido grupo de alegre y festiva juventud”, componían, a decir de Eduardo Balmaceda, el heterogéneo público de los suntuosos banquetes organizados cada lunes en su casa.¹³⁰

Ante la nula renovación de *salonières* en sentido tradicional, forzoso es concluir que las formas de sociabilidad desarrolladas en el salón decimonónico ya no representaban una tradición vital. Si bien las décadas iniciales del siglo XX, al menos en lo concerniente a la vida privada de la elite, se caracterizaron por una vistosa y nutrida actividad social, el salón en tanto institución intelectual comenzó a presentar señales de debilidad. Lo mismo ocurrió con el arte de la conversación. Según Carlos Silva Vildósola, el tiempo en que los banquetes surtían pretextos para el desarrollo del “arte supremo de la conversación”, había cedido el paso a otro en que la norma era “bailar durante las comidas o aturdirse con los sones de música de negros”.¹³¹ Aunque él nunca situó este fenómeno en un claro marco temporal, sabemos, gracias a las páginas sociales de las revistas ilustradas, que a mediados de los 1910s el baile comenzó a recuperar un lugar central en las reuniones sociales de las familias de la elite. El tango, reiterado blanco de los moralistas, ya en 1914 se había convertido en un baile de moda.¹³² Juegos de naipes como el *bridge* también contribuyeron a precipitar el eclipse del arte de la conversación. En 1916, se lamentó que la “conversación agradable y espiritual” antes sostenida en los salones, estuviera siendo reemplazada por la menos elevada afición a los juegos de cartas.¹³³ En mayo de 1919, al *bridge* se le atribuyó la calidad de una avasalladora “pasión social”.¹³⁴ “El *bridge* sigue reinando en los salones”, se escribió poco después, por lo que “el *silencio prima sobre la palabra*” (énfasis mío).¹³⁵ Tal vez la única excepción a la regla aquí formulada haya sido la tertulia de Marta Walker Linares, hija del líder conservador Carlos Walker Martínez, pues consta que en los 1920s recibía a “muchos escritores, artistas y gentes de mundo”, lo mismo que a “mujeres que empezaban a desprenderse del amodorramiento colonial, imperante hasta entonces”.¹³⁶

Sin perjuicio de lo anterior, la declinación de las reuniones sociales mixtas y del cultivo de la conversación ilustrada apreciada a inicios del siglo XX, obedeció principalmente al desarrollo experimentado por el Club de la Unión, que en cosa de años pasó a convertirse en un vivaz y absorbente centro de

sociabilidad masculina. Las mujeres que valoraban el arte de la conversación por saberlo vehículo de su progreso intelectual, deploraron el éxodo masculino de los salones y el auge del Club de la Unión en cuanto institución de ocio masculino. Martina Barros no sólo afirmó que el ocaso del salón era responsabilidad del Club; también señaló las consecuencias de semejante proceso en lo tocante a la existencia cotidiana y a la cultura de las mujeres: “la vida de club que alejaba al hombre de su hogar y de la sociedad femenina, dejaba a la mujer relegada a la vida de los afanes, de la chismografía y de la frivolidad, camino de la vulgaridad”.¹³⁷ Seguro que ella pensaba en el Club de la Unión al momento de escribir este pasaje. Aunque ya por entonces la actividad partidista a ratos constituía una ocupación demandante, que disputaba a la vida familiar el tiempo de los hombres de la clase dirigente, los clubes políticos abiertos por los partidos nunca amenazaron, ni remotamente siquiera, la condición del Club de la Unión como centro neurálgico de la política parlamentaria y de la sociabilidad masculina. Esto se explica por el mismo *modus operandi* del sistema político de la época, que favorecía las negociaciones de pasillo e incitaba los regateos de trastienda, no tanto entre partidos de rigurosa disciplina interna (y por eso bien cohesionados) como entre camarillas políticas de composición a veces pasajera. El Club de la Unión, escribió con justicia un columnista anónimo en 1905, es “para Santiago lo que el foro para los antiguos romanos”.¹³⁸ Según refiere Alberto Edwards, el salón rojo del Club, “*sancta sanctorum*” de la institución, representaba la arena donde los líderes políticos debatían la composición de los gabinetes ministeriales.¹³⁹ Falta agregar que el prestigioso pero efímero Club de Santiago creado en 1908, a semejanza del Club Hípico, al admitir en sus salones a hombres y mujeres, sí estimuló la sociabilidad mixta,¹⁴⁰ en claro contraste con el Club de la Unión, que recién en 1925 estableció un departamento de señoras. Dicha sección femenina, hay que hacer la salvedad, nació como una entidad aparte —dotada de entrada propia, aislada de la sección masculina mediante un muro—, y no como un órgano integral del club tradicional, en atención al deseo, plenamente atendido, de “no romper el soberbio aislamiento preferido de muchos socios”.¹⁴¹

Aun cuando la acusación según la cual el Club de la Unión constituía una amenaza para la sociedad doméstica no alcanzó notoriedad pública sino hasta la década de 1910, ya en los 1880s se había hecho manifiesta, si bien de forma más bien elusiva, cierta animosidad contra la institución. Resulta reveladora la manera como Abraham König concluyó su folleto sobre la historia del Club: con una reivindicación de las propiedades morales de la institución, puestas en tela de juicio, según se desprende del texto, por las esposas y las madres de sus concurrentes. Junto a la preocupación de las mujeres por la posible disipación de sus maridos y sus hijos, demasiado aficionados a un centro propicio a la autoindulgencia en materias de orden moral, las esposas en particular resentían la ausencia de sus cónyuges en el hogar común, debido a que “más de uno olvida a veces sus deberes o compromisos de sociedad por quedarse a orillas del fuego en sabrosa charla de compañeros”.¹⁴² König hizo lo posible por miti-

gar la desconfianza de las mujeres de la elite respecto al Club, difundida presumiblemente a través de conversaciones y rumores de salón, en el marco de la institución femenina de la visita.

De otro tenor fueron las críticas formuladas contra la institución en la década de 1910, cuando éstas saltaron finalmente a la palestra, vía las páginas de las populares revistas ilustradas. En 1910, el Club fue definido como una "sirena que atrae y conquista a los maridos".¹⁴³ En un artículo publicado en 1913, Alberto Edwards, agudo comentarista de la intrincada vida social de la época, agregó: "Hablando en general, las señoras mujeres aborrecen cordialmente al Club de la Unión", institución a la que consideraban, acaso con alguna razón, como el "centro de todas las disipaciones y punto de partida de todos los vicios".¹⁴⁴ Es más: en 1917, una colaboradora del semanario *Zig-Zag* expresó concisamente la presente hostilidad femenina contra la institución: "No creo que Chile haya ganado nunca nada, y en cambio los hogares han perdido mucho, con la fundación del Club de la Unión".¹⁴⁵ Los autores católicos también hicieron de esta institución un blanco de sus críticas, trazando una visión catastrofista sobre los males que la vida de club deparaba al porvenir de la familia. Bernardo Gentilini, autor de libros prescriptivos destinados a guiar la conducta de las mujeres cristianas en sus diversos roles, anotó en 1917: "La buena esposa debe evitar a toda costa que el marido haga regularmente *vida de club*. El club es el antagonismo de la vida de hogar. Es el destructor de la vida de familia".¹⁴⁶

Pero si el Club de la Unión fue fundado en 1864, ¿por qué sólo en los albores del siglo XX comenzó a ser percibido como una amenaza digna de consideración a la vida familiar y a las reuniones sociales mixtas? La respuesta reside en el progreso material de la institución. A lo largo de cuatro décadas, ésta aumentó su número de socios sin perder su exclusividad social; expandió la variedad a la vez que mejoró sustancialmente la calidad de sus servicios; y elevó en forma significativa el nivel de sus instalaciones. En un comienzo, por ejemplo, los juegos de salón estaban sujetos a severas reglas, y el Club debía cerrar a las once de la noche; en caso contrario, existían diversas formas de penalización para los infractores. En los 1860s, ni cocina tenía: sólo un anafe para calentar té. Recién a comienzos de la década de 1870, al amparo de la bonanza económica asociada a Caracoles, se obtuvo un préstamo gracias al cual se construyó una gran sala de billares y un espacioso salón. En esa lujosa y confortable institución, por primera vez a tono con sus modelos europeos, sí es posible vislumbrar un reto a la sociedad doméstica y a las formas de sociabilidad mixta. Reto fugaz, pese a todo: los excesivos gastos envueltos en la mejora de sus dependencias y el desencadenamiento de una generalizada crisis económica a mediados de los 1870s, precipitaron el colapso financiero del Club. Aunque en lo sucesivo su administración tuvo que ceñirse a normas presupuestarias más austeras, la planilla de sus socios continuó creciendo.¹⁴⁷ Otro tanto ocurrió con su prestigio social. Los ambiciosos planes de adelantamiento material implementados a inicios de la década de 1870 bajo el directorio del acau-

dalado Luis Cousiño, no fueron reivindicados sino hacia el cambio de siglo, cuando se dotó al Club con la infraestructura adecuada (ascensores, un comedor de verano, secciones refaccionadas) para servir de escenario a los banquetes y agasajos organizados con motivo de una serie de visitas ilustres, entre las cuales se contaron la del príncipe Luis de Orleans y Braganza, la de los invitados a las celebraciones del Centenario nacional y la del príncipe Humberto de Saboya.¹⁴⁸ Sin ir más lejos, un visitante extranjero recordó que el Club de la Unión “posee una infraestructura de primera categoría, y un personal sumamente bien entrenado”.¹⁴⁹ Éste era el Club de la *belle époque* que tanto entusiasmó a los hombres de la oligarquía.

En cualquier caso, la decadencia del salón mixto intelectual también coincidió con la emergencia de tertulias literarias conducidas por mujeres de la elite. Pese a la existencia de similitudes superficiales, estas tertulias no desempeñaron la función de los salones decimonónicos en lo que atañe a la ilustración femenina. Ni siquiera la tertulia sostenida a diario por Martina Barros a partir de los 1890s, tuvo como fin el adelantamiento de las capacidades intelectuales de las mujeres; todo indica que entre sus concurrentes, a excepción de Inés Echeverría, asistente ocasional, sólo se contaban hombres: escritores, artistas, periodistas, políticos.¹⁵⁰ Si nos concentramos en lo medular, lo mismo es válido para las tertulias menos formales. Como referencia, la de Inés Echeverría no fue un evento organizado semana a semana, en un día fijo y a una hora predeterminada, con el propósito de congregar a una audiencia de proporciones, lo que sí acontecía con el salón de Lucía Bulnes, por mencionar un caso ilustre. *Contrario sensu*, hay que imaginar su tertulia como un collar de reuniones desgranado día a día; no como un hito social, sino como una sucesión de encuentros. O bien como una suerte de fragmentación de la audiencia del salón antiguo. Atendiendo a sus relaciones sociales en forma sucesiva antes que simultánea, de hecho Iris pudo cultivar la amistad y gozar de la compañía de personajes acaso incompatibles. El trato entablado con sus relaciones era de intimidad; el tenor de las conversaciones oscilaba entre la confianza personal, deslizada a media voz, y la divagación compartida. En palabras de Fernando Santiván:

En un mismo día veréis desfilar por sus salones, y acapararla cada cual sucesivamente durante un par de horas, hombres de tan diverso temperamento como don Arturo Alessandri y don Eliodoro Yáñez [...] Junto a los amigos de gran aparato escénico, tenía doña Inés una especie de jardín zoológico, formado por una fauna pintoresca y desconcertante. [...] Todos desfilábamos sucesivamente por su casa. Y digo sucesivamente, porque Iris, conociendo bien a su personal, tenía el tacto de recibirnos por separado o por parejas, temiendo que, si nos juntaba a todos, se produjera un cataclismo babélico, ¡tan diferentes eran nuestros idiomas y tan desacordes los instrumentos de nuestra orquesta!¹⁵¹

Por otra parte, el hecho de que las concurrentes a dichas tertulias literarias fuesen en su mayoría anfitrionas a la vez que escritoras, redujo todavía más

el grupo de mujeres que sacó partido de esos contactos intelectuales.¹⁵² Estas tertulias, de composición social más heterogénea que la de los salones tradicionales, nunca reunieron al número de personas, menos aún al número de mujeres, que asistieron a aquéllos. A diferencia de los salones, no fueron ni aspiraron a ser un medio de autoeducación femenina. Todo esto hizo de aquellas tertulias un fenómeno social más restringido. Si los salones evocan a grandes orquestas bajo la dirección de las *salonières*, las tertulias literarias hacen pensar en conjuntos de cámara.

Tal como ocurre con los salones tradicionales, es difícil determinar cuántas mujeres presidieron este tipo de reuniones celebradas a principios del siglo XX. Además, el análisis de la información disponible se ve perjudicado por el carácter incierto de algunas de estas veladas. Es seguro que representaron casos excepcionales. Después de someter a escrutinio memorias y revistas de la época, he encontrado sólo cuatro mujeres que, sin riesgo alguno, pueden ser catalogadas como anfitrionas de este tipo de tertulias literarias: Martina Barros de Orrego, Sara Hübner, Inés Echeverría de Larraín y Mariana Cox de Stuvén (Shade). Tilda Brito podría ser incorporada a esta lista, siempre y cuando se tenga presente que ella presidió no tanto su propia tertulia como la de su marido, el hombre de letras Armando Donoso. Acaso el nombre de Ana Swinburn de Jordán también deba ser recordado: por lo menos en la década de 1890, si es que no después, transformó su casa en "centro de reunión de los escritores, poetas y artistas", entre los cuales sobresalió Augusto D'Halmar.¹⁵³ Delia Matte en cambio, a juicio de Wright una "encantadora anfitriona y una brillante conversadora",¹⁵⁴ bien puede ser considerada como una *salonière* en cuyo salón departieron regularmente hombres y mujeres, a condición de no olvidar el carácter anómalo de éste, habida cuenta de sus reducidas proporciones, típicas de las tertulias literarias, y no de los salones tradicionales.¹⁵⁵

La mayoría de las tertulias literarias realizadas a inicios del siglo XX, alentaron la constitución de una selectiva república de las letras, integrada principalmente por intelectuales, artistas y líderes políticos, todos hombres reunidos en torno a unas pocas anfitrionas, la mayoría de las cuales fueron escritoras profesionales e intelectuales de ocasión, que dieron conferencias, publicaron libros, y colaboraron con los más destacados diarios y revistas del periodo. Inés Echeverría y Mariana Cox deben su incorporación a los cenáculos literarios a sus libros y a sus artículos, no menos que a su actuación como anfitrionas, catalizadora en parte de ese mismo proceso de inserción en un mundo predominantemente masculino. Puesto que las convenciones entonces al uso censuraban la actividad literaria de las mujeres, aquellas que adoptaron públicamente el oficio de las letras, se vieron en la necesidad de contar con un círculo afín, creativamente propiciatorio, capaz de impulsar sus carreras como escritoras en un medio muchas veces adverso a sus aspiraciones más entrañables. Quienes sacaron provecho de esos encuentros conformaron una sociedad mixta restringida, integrada fundamentalmente a partir de afinidades intelectuales, del ejerci-

cio periódico de la conversación ilustrada y del comercio epistolar entre sus miembros. Alone refiere que las cartas de Mariana Cox “circulaban como las de Madame de Sévigné y se convertían fácilmente en reliquias”.¹⁵⁶ Ricardo Latcham, coincidentemente, afirmó que “Iris padecía la manía epistolar, y el día en que se recopilen sus innumerables misivas se descubrirá un insustituible documento de época, que alumbrará la *petite-histoire* de un instante en que hacía crisis un lapso entero de la existencia nacional”.¹⁵⁷

Ahora bien, contribuía a reducir las proporciones de ese círculo, de por sí selecto, el hecho de que diferentes anfitrionas recibieran, no rara vez, a los mismos contertulios. La búsqueda de la exclusividad social y el desarrollo de una alta cultura imbuida de connotaciones de clase, representaban objetivos marginales, hasta cierto grado ajenos a las preocupaciones y actividades de las tertulias literarias. En lo sustancial éstas constituían, si se considera la composición socialmente heterogénea de su concurrencia, un foro abierto al diálogo entre sujetos de diferente extracción social, sobre la base de intereses intelectuales compartidos. Para subrayar la singularidad de esta formación social, bien vale recordar que el salón tradicional representó una fuente de *status* y, al menos para sus concurrentes, una institución que reunía las mejores cualidades de la alta sociedad. Con todo, no hay que exagerar las diferencias entre el salón tradicional y la tertulia literaria. Esta última modificó el legado jerárquico del primero, pero sin instaurar un quiebre radical con el pasado, ya que su índole meritocrática no desatendió aspectos propios del trato elegante. Latcham, quien ganó acceso a las tertulias literarias de comienzos de los 1920s, sostuvo que dichos eventos “servían para [...] aclimatarse en hábitos sociales más refinados”.¹⁵⁸ De modo que estas tertulias no fueron tan extrañas al concepto de cultura vinculado a los salones; va quedando claro que constituyeron un medio propicio al cultivo de maneras refinadas, tanto como una instancia de intercambio intelectual. Por añadidura, las anfitrionas patricias introdujeron a los escritores de clase media a los círculos ilustrados de la elite. Santiván consignó: “A Inés Echeverría de Larraín y a mi profesión literaria y periodística debí la oportunidad de conocer hogares santiaguinos selectos [...] Iris [...] tuvo especial cuidado en ponerme en contacto con hombres y mujeres de talento” e innumerables “personajes interesantes de la política, del gran mundo y de las finanzas”.¹⁵⁹

Estas tertulias también representaron un vehículo de patronazgo para los jóvenes escritores. Algunas anfitrionas, en efecto, hicieron uso de sus contactos e influencias para impulsar la carrera literaria de sus protegidos. Santiván, en su calidad de joven crítico literario, accedió a escribir una reseña inmerecidamente benigna del libro *Prosa y verso* (1909), obra conjunta de Hernán Díaz Arrieta (Alone) y Jorge Hübner Bezanilla, con el objeto de satisfacer la solicitud formulada en tal sentido por Mariana Cox, a quien el libro en cuestión está dedicado. El mismo Santiván, a semejanza de varios otros escritores en circulación a comienzos del siglo XX, encontró en Inés Echeverría, a poco de haber publicado su primer libro, *Palpitaciones de vida* (1909), a una mecenas y amiga bien dispuesta a apoyarlo en su carrera literaria. Alone opinaba que gracias a la

“protección espontánea y resuelta” de Inés Echeverría, muchos talentos literarios no sucumbieron ante los obstáculos enfrentados en la fase inicial de sus vidas de escritores.¹⁶⁰ Teniendo este último testimonio en mente, resulta difícil explicarse cómo Cristián M. Jara, quien sí consultó la memoria de Alone en su estudio sobre la materia, pudo desestimar el rol ejercido por las tertulias de la época en cuanto medios propicios al adelantamiento de la carrera literaria de sus miembros. Omisión tanto más grave cuanto que tertulias como la de Inés Echeverría, al legitimar los méritos literarios y el compromiso con la literatura por sobre la posición social como criterio de admisión y medio de validación cultural, prestaron impulso adicional a la profesionalización en marcha de las actividades intelectuales, alentando de esta manera el diálogo entre intelectuales de generaciones y clases distintas. Las sesiones del Ateneo, las reuniones informales celebradas en bibliotecas, librerías y restaurantes, lo mismo que en las redacciones de diarios y revistas, conformaron una red intelectual que, al trascender las divisiones de clase, suministró un escenario propicio a la autonomización y especialización de la literatura de ficción como género desvinculado de la pedagogía política y moral.¹⁶¹ Después de la Primera Guerra Mundial, a mayor abundamiento, esas tertulias literarias en parte posibilitaron la apreciación polémica de los movimientos europeos de vanguardia, de la irrupción del jazz y de la poesía de Vicente Huidobro y Pablo Neruda, instigando así la renovación de los anticuados cánones estéticos prevalecientes a la fecha en Chile.



Se advierte en la historia de las mujeres y en los estudios de género la inclinación al uso (y abuso) de conceptos y términos dicotómicos. No pongo en duda su utilidad como herramientas analíticas, tampoco su potencial heurístico, a condición de entenderlas como alicientes para la investigación histórica, y no como premisas incuestionables.¹⁶² La historia del salón, y en general la de la alta sociedad, desaconsejan el uso acrítico del popular concepto de las “esferas separadas” al momento de abordar el estudio histórico de las mujeres de la elite. Su papel como *brokers* en el mercado matrimonial y la preeminencia social, en algunos casos incluso política, alcanzada por las anfitrionas aquí analizadas, revelan que la “esfera pública masculina” y la “esfera privada femenina” no estaban divorciadas, sino antes bien involucradas en un diálogo permanente. Debido a su posición en el mercado matrimonial, las madres de clase alta fueron agentes activos en el sostenimiento de la sociedad oligárquica. Circularon a diario en los espacios públicos, haciendo las veces de damas de compañía, función mundana si se quiere, pero con proyecciones sociales de vasto alcance. Corresponde, pues, apropiarse las palabras de Michelle Perrot, quien se ha referido a un “encabalgamiento de las fronteras” entre ambas esferas.¹⁶³ A lo largo del siglo XIX, además, numerosas mujeres de la elite permanecieron al tanto del curso de los asuntos públicos, reaccionando apasionadamente ante sus vicisitu-

des. En 1860, por ejemplo, la joven Dolores, hermana de Benjamín Vicuña Mackenna, confesó a éste, por entonces en el exilio, que ella tuvo “por su causa [el movimiento revolucionario de 1859 contra el gobierno de Montt] un interés superior tal vez a mi edad y a mi sexo. El día que supe este fatal acontecimiento [la derrota de las fuerzas revolucionarias] me eché a llorar a gritos sin que nadie pudiera consolarme”.¹⁶⁴ Sin duda, las mujeres atendieron de cerca al desarrollo de los eventos políticos, y aunque sólo raramente intervinieron en la arena pública durante el siglo XIX, no se privaron de defender sus opiniones en privado. Así, Carmen Arriagada, quien a pesar de considerar la política como “una cuestión que no debemos tratar las mujeres”,¹⁶⁵ lo mismo escribió cartas en las que campeaba su preocupación por la política nacional, las relaciones exteriores del país y la actuación de los políticos chilenos en tanto líderes públicos. En fin, aunque privadas de la condición de ciudadanas, la política no estuvo ausente del horizonte existencial de las mujeres.

La institución del salón, no obstante funcionar en un espacio doméstico, siempre estuvo *abierto* a la alta sociedad. Apreciada desde este ángulo, aquélla cobra la forma de un escenario donde las esferas teóricamente separadas, a propósito de los vínculos motivados por la sociabilidad mixta, experimentaron un proceso de mutua interpenetración. Siendo las fronteras entre dichas esferas permeables y móviles, las anfitrionas de la elite contaron con la posibilidad de extender su influencia, hasta abarcar facetas del acontecer público. Dicha imbricación obligó a ocuparse de la historia del Club de la Unión, reducto masculino, en aras de comprender la declinación del salón como institución favorable a la autoeducación femenina que, extremando el argumento, también puede ser vista como una instancia de autoafirmación de las mujeres comprometidas con su desarrollo. ¿Qué otros factores contribuyeron a diluir las fronteras entre la esfera pública masculina y el mundo doméstico de las mujeres? A través del liderazgo, gestión y sustento de organizaciones de caridad, las mujeres de la elite adquirieron la condición de genuinos agentes sociales, con decisiva participación en los esfuerzos por aliviar y disciplinar a las clases menesterosas, en circunstancias en que las mudanzas de la sociedad urbana invalidaban las viejas fórmulas de aproximación a la pobreza y, más todavía, a la indigencia. A su vez, la lectura de su correspondencia enseña que no siempre restringieron su órbita de acción a los asuntos domésticos; también se consagraron, a veces, al cuidado de negocios mineros y al manejo de haciendas, además de intervenir en actividades comerciales y efectuar gestiones ante las autoridades civiles.¹⁶⁶ Aparte del apoyo personal a las labores de propaganda católica realizadas por varias mujeres durante la República Parlamentaria, también se guarda memoria de damas acaudaladas que respaldaron financieramente las campañas electorales de los conservadores, la candidatura presidencial de Barros Borgoño¹⁶⁷ y la prensa católica,¹⁶⁸ incidiendo de esta manera oblicua en los avatares de la política partidaria y en la formación de la opinión pública. En suma, al hacerse una distinción demasiado ortodoxa entre la esfera pública masculina y la privada

femenina, se soslayan los matices de los fenómenos históricos que, atendiendo a su carácter dinámico, no pueden ser debidamente comprendidos y conceptualizados, a menos que se evite constreñirlos en sistemas de análisis estáticos.

Como quiera que sea, el lenguaje de las esferas pública y privada hundió raíces tanto en el mundo de los hábitos como de los valores sociales. De esto se infiere que sí modeló la conducta cotidiana de las mujeres (y de los hombres). Mercedes Cifuentes, en una carta de 1796, sostuvo que una joven, para aspirar a ser considerada como una novia apropiada para un "sujeto distinguido y colocado en honor", tenía que haber sido "de un sumo recogimiento y muchacha verdadera de recámara".¹⁶⁹ Esto es: criada a resguardo de los peligros y ambigüedades asociados a la vida exterior al ámbito doméstico, pues la exposición de una joven a tales circunstancias, junto con restarle valor en el concepto público, atentaba contra su honor y el de su familia.¹⁷⁰ Este precepto se mantuvo en vigencia a lo largo del siglo XIX, si bien la emergencia de la alta sociedad y el consiguiente advenimiento del papel de chaperona, atenuaron sus efectos. Aclaro que tampoco las mujeres adultas y casadas estuvieron exentas de este tipo de constreñimientos. En junio de 1851, una amiga argentina de Magdalena Vicuña Aguirre, le escribió una carta en la que se quejaba de las restrictivas convenciones sociales que le impedían hacer sola el viaje de Santiago a Valparaíso: "¡qué trabajo ser mujer!... algunos días me dan ganas de emanciparme de las costumbres y darme gusto en todo... pero nada puedo hacer... estoy en Chile".¹⁷¹ Ocho años más tarde, Delfina Cruz, en una carta dirigida a su marido, el futuro presidente Aníbal Pinto, lamentaba que la "condición de la mujer es el estar siempre en su casa y no poder seguir a su marido".¹⁷²

Bien mirado, las *salonières* sacaron partido de este patrón de conducta culturalmente adscrito, transformando una restricción convencional, ajena al arbitrio de las mujeres, en un medio a través del cual adquirir ilustración y, en contadas ocasiones, influir en el acontecer político-social de su tiempo. De ahí que un grupo selecto de damas, ante la declinación de los salones, haya estimado necesario instaurar la educación de las mujeres patricias sobre cimientos más sólidos: no ya como una práctica más bien privada, sino como una actividad al amparo de una institución pública en sentido estricto. Con la creación del Club de Señoras, salieron decididamente al paso de la crisis producida por la decadencia del salón, ampliando el número de seguidoras de la tradición que éste encarnó, al tiempo que dilataban los horizontes de sus afanes culturales.

NOTAS

¹ Sobre las diferencias entre las memorias y las autobiografías como géneros literarios, consúltese Jean Marie Goulemot, "Las prácticas literarias o la publicidad de lo privado", en Philippe Ariès y Georges Duby, eds., *Historia de la vida privada*, vol. 5: *El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII* [1989] (Madrid, 1992), 390-92, 399-402.

² Amanda Labarca H., *Historia de la enseñanza en Chile* (Santiago, 1939), 41-58, 71-81; Fernando Campos Harriet, *Desarrollo educacional 1810-1960* (Santiago, 1960), 9-14; Simon Collier, *Ideas and Politics of Chilean Independence 1808-1833* (Cambridge,

1967), 16-17, 33-34, 197-98; Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, *La independencia de Chile: tradición, modernización y mito* (Madrid, 1992), 98-105, 276; Sol Serrano, *Universidad y nación: Chile en el siglo XIX* (Santiago, 1993), 23-59; *idem*, "La revolución francesa y la formación del sistema nacional de educación en Chile", en Ricardo Krebs y Cristián Gazmuri, eds., *La revolución francesa y Chile* (Santiago, 1990), 247-75; Iván Jaksic y Sol Serrano, "In the Service of the Nation: the Establishment and Consolidation of the Universidad de Chile, 1842-79", *Hispanic American Historical Review*, 70: 1 (1990), 141-44; y Gertrude M. Yeager, "Elite Education in Nineteenth-Century Chile", *Hispanic American Historical Review*, 71: 1 (1991), 73-105.

³ En cuanto al valor social y a la función atribuida por los patriotas ilustrados a la alfabetización, a la palabra impresa y a la prensa durante los periodos de la Independencia y de la organización política de la República, véase Bernardo Subercaseaux S., *Historia del libro en Chile (alma y cuerpo)* (Santiago, 1993), 1-28.

⁴ Para una historia de la Universidad de Chile y del Instituto Nacional, y un análisis de la relevancia de ambas instituciones *vis-à-vis* la historia de la República, de la elite nacional y del Estado Docente en el curso del siglo XIX, consúltense Rolando Mellafe, Antonia Rebolledo y Mario Cárdenas, *Historia de la Universidad de Chile* (Santiago, 1992); Serrano, *Universidad y nación*; *idem*, "La revolución francesa", 260-65, 269-71; Labarca H., *Historia de la enseñanza*, 78-81, 108-12, 169-76, 194-96, 205-09; Campos Harriet, *Desarrollo educacional*, 53-63, 113-75; Jaksic y Serrano, "In the Service of the Nation", 139-71; y Yeager, "Elite Education", 73-105.

⁵ Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999), 148.

⁶ Timothy R. Scully, *Rethinking the Center: Party Politics in Nineteenth- and Twentieth-Century Chile* (Stanford, 1992), 33-34, 214.

⁷ Para un breve examen de las relaciones entre la Iglesia Católica y la Universidad de Chile al promediar el siglo XIX, remito a Serrano, *Universidad y nación*, 89-95. Sobre el trasfondo histórico de la creación de la Universidad Católica, véase Ricardo Krebs, M. Angélica Muñoz y Patricio Valdivieso, *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1888-1988*, 2 vols. (Santiago, 1994), I, 3-35.

⁸ Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado (1814-1860)* (3ª ed., Santiago, 1910), 9.

⁹ Luisa Zanelli López, *Mujeres chilenas de letras* (Santiago, 1917), 12-13; Teresa Pereira, "La mujer en el siglo XIX", en Lucía Santa Cruz, Teresa Pereira, Isabel Zegers y Valeria Maino, *Tres ensayos sobre la mujer chilena: siglos xviii-xix-xx* (Santiago, 1978), 62, 123; Sergio Vergara Quiroz, ed., *Cartas de mujeres en Chile, 1630-1885* (Santiago, 1987), XXX; y Labarca H., *Historia de la enseñanza*, 63-65.

¹⁰ Sol Serrano P., "Estudio preliminar" a Sol Serrano P., ed., *Virgenes viajeras: diarios de religiosas francesas en su ruta a Chile, 1837-1874* (Santiago, 2000), 29.

¹¹ Alexander Caldcleugh, *Travels in South America, during the Years 1819-20-21*, 2 vols. (Londres, 1825), I, 363; y Jean-Pierre Blancpain, *Francia y los franceses en Chile (1700-1980)* (Santiago, 1987), 80, 100.

¹² George Vancouver, *A Voyage of Discovery to the North Pacific Ocean, and round the World*, 3 vols. (Londres, 1798), III, 434.

¹³ Miguel Luis Amunátegui, *La alborada poética en Chile después del 18 de septiembre de 1810* (Santiago, 1892), 482.

¹⁴ Alberto Blest Gana, *El jefe de la familia y otras páginas* (Santiago, 1956), 178. El pasaje corresponde a un artículo publicado en *La Semana*, con fecha 27 de agosto de 1859.

¹⁵ Samuel B. Johnston, *Cartas de un tipógrafo yanqui* (Buenos Aires, 1967), 218.

¹⁶ Samuel Haigh, *Sketches of Buenos Ayres and Chile* (Londres, 1829), 148.

¹⁷ Miguel Luis Amunátegui, *Don José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos* (Santiago, 1888), 212.

¹⁸ Julio Heise, *Años de formación y aprendizaje político, 1810-1833* (Santiago, 1978), 183, 227-28, 230; María Eugenia Martínez, "La enseñanza femenina particular en Chile", en *Actividades femeninas en Chile* (Santiago, 1928), 370; Amunátegui, *Don José Joaquín de Mora*, 132-263; Serrano, *Universidad y nación*, 51, 169; Labarca H., *Historia de la enseñanza*, 81-84, 90-92; Campos Harriet, *Desarrollo educacional*, 74-77; Mellafe, *et al.*, *Historia de la Universidad*, 45-50; Pereira, "La mujer", 126; y Yeager, "Elite education", 75-76, 96.

¹⁹ Domingo Faustino Sarmiento, *De la educación popular*, correspondiente al volumen XI de las *Obras de D.F. Sarmiento* (Buenos Aires, 1896), 125.

²⁰ Ana Díaz Garcés, "Contribución de las congregaciones y sociedades católicas a la educación de la mujer", en *Actividades femeninas*, 307-08, 314-20; Labarca H., *Historia de la enseñanza*, 129-30; Campos Harriet, *Desarrollo educacional*, 78, 93-94; y Serrano P., "Estudio preliminar".

²¹ Citado en Serrano P., "Estudio preliminar", 78. Aunque las cita, Serrano parece no reparar en las implicaciones de estas palabras, toda vez que restan fuerza y aconsejan reserva frente al intento por presentar a las congregaciones educacionistas aludidas en este capítulo, como instancias formadoras de una elite femenina ilustrada en sentido estricto.

²² Verónica, "Algo sobre educación", *El Eco de la Liga de Damas Chilenas*, 1 de septiembre de 1913, 1. De ahora en adelante citado como *El Eco*. La explicación más probable a esta conducta dice relación con la inclinación de los adultos a introducir cuanto antes a las jóvenes a la vida de sociedad y, en particular, al mercado matrimonial.

²³ L'Ombra, "Lamentable ceguera", *La Cruzada*, 1 de mayo de 1917, 2. Ejemplos de críticas a la magra instrucción intelectual ofrecida por los internados de las congregaciones religiosas, se encuentran en: "¿Qué piensan las grandes damas sobre nuestros hábitos de vida?", *Familia*, junio de 1915, 5; y Sombra, "Como quisiera que fueran", *Zig-Zag*, 28 de julio de 1917.

²⁴ Andrés Bello, "Memoria correspondiente al curso de la instrucción pública en el quinquenio 1844-1848", en *Obras completas de Andrés Bello*, 26 vols. (2ª ed., Caracas, 1981-84), XXI, 42.

²⁵ En *Actividades femeninas*, véanse Amanda Labarca, "Desarrollo de los liceos de niñas", 192-207; Fresia Escobar, "Liceo de niñas 'Javiera Carrera' N° 1", 208-23; e Ida Corbat, "Liceo de niñas 'Antonia Salas de Errázuriz' N° 2", 224-36.

²⁶ Marie Robinson Wright, *The Republic of Chile: the Growth, Resources, and Industrial Conditions of a Great Nation* (Filadelfia, 1904), 167-68; Labarca H., *Historia de la enseñanza*, 167; y Martínez, "La enseñanza femenina particular", 388-93.

²⁷ Las tertulias, a semejanza de otras formas de sociabilidad, no llamaron la atención de los historiadores nacionales sino hasta los 1980s, cuando en Chile comenzó a seguirse el ejemplo del historiador francés Maurice Agulhon. En el caso particular de los salones y de las tertulias, existen tres artículos publicados en el libro colectivo *Formas de sociabilidad en Chile, 1840-1940* (Santiago, 1992). Hernán Godoy Urzúa, "Salones literarios y tertulias intelectuales en Chile, trayectoria y significación sociológica", 137-51; y María Angélica Muñoz Gomá, "Tertulias y salones literarios chilenos: su función sociocultural", 237-53, ofrecen exámenes panorámicos de todos los tipos de salones y tertulias realizadas indistintamente por hombres y mujeres, en los siglos XIX y XX. A pesar de ostentar títulos prometedores, ambos artículos constituyen meros esbozos antes que estudios monográficos; ni Godoy Urzúa ni Muñoz Gomá, como era de esperarse en tales circunstancias, reconocen la relevancia del salón en lo referente a la ilustración de las mujeres. En contraste, Cristián M. Jara J., "Los salones literarios en su vida interna. Paralelo entre la experiencia chilena y la francesa", 177-204, sostiene de manera convincente que el salón literario, al alentar la asimilación de patrones modernos de pensamiento, extraños a los valores y hábitos tradicionales, permitió el desarrollo de una cultura más liberal y tolerante que la de antaño. Con todo, Jara también pasa por alto la función educacional de los salones, acaso porque omite trazar cualquiera distinción, contrariamente a lo que se hace en este capítulo, entre el salón intelectual nacido en el siglo XIX y la tertulia literaria en boga, sobre todo, a comienzos del XX.

²⁸ Manuel Vicuña Urrutia, *El París americano: la oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX* (Santiago, 1996), 15-34.

²⁹ Amunátegui, *La alborada poética*, 485.

³⁰ Gilbert Farquhar Mathison, *Narrative of a Visit to Brasil, Chile, Peru, and the Sandwich Islands, during the Years 1821 and 1822* (Londres, 1825), 200.

³¹ Para un análisis de las medidas de reconciliación política implementadas durante la administración Bulnes, véase Loveman y Lira, *Las suaves cenizas del olvido*, 142-48.

³² Ana María Stiven V., *La seducción de un orden. Las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX* (Santiago, 2000); Allen Woll, *A Functional Past: the Uses of History in Nineteenth-Century Chile* (Baton Rouge, La., 1982), 7-66; e Iván Jaksic, "Sarmiento and the Chilean press, 1841-1851", en Tulio Halperín Donghi, Iván Jaksic, Gwen Kirkpatrick y Francine Masiello, eds., *Sarmiento: Author of a Nation* (Berkeley y Los Angeles, 1994), 31-60.

- ³³ José Victorino Lastarria, *Recuerdos literarios* [1874] (Santiago, 1968), 127.
- ³⁴ Javier Vial Solar, *Tapices viejos* (2ª ed., Santiago, 1982), 186; Eduardo Balmaceda Valdés, *Un mundo que se fue...* (Santiago, 1969), 322; "Nuestra portada", *La Revista Azul*, n° 32, julio de 1918, 4; y Pereira, "La mujer", 91-92, 176-77. La hospitalidad fuera de lo común de la acaudalada suegra del presidente Balmaceda, Emilia Herrera, descolló a comienzos del siglo XX, época en la que llegó a reunir a alrededor de 150 invitados en su hacienda, según se lee en Joaquín Yrarrázaval Larraín, *Para mis hijos* (Santiago, 1946), 81-82.
- ³⁵ "Doña Emilia Herrera de Toro", *La Revista Azul*, n° 19, febrero de 1917, 33.
- ³⁶ John Miers, *Travels in Chile and La Plata*, 2 vols. (Londres, 1826), II, 256-57; y Eduard Poeppig, *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)* (Santiago, 1960), 217.
- ³⁷ José Zapiola, *Recuerdos de treinta años (1810-1840)* (8ª ed., Santiago, 1945), 73.
- ³⁸ Caldclough, *Travels in South America*, I, 367.
- ³⁹ William S. W. Ruschenberg, *Noticias de Chile (1831-1832) por un oficial de marina de EE.UU. de América* (Santiago, 1956), 82.
- ⁴⁰ Andrés Bello, "La introducción de libros perniciosos", en *Obras completas de Andrés Bello*, 26 vols. (2ª ed., Caracas, 1981-84), IX, 720.
- ⁴¹ Subercaseaux S., *Historia del libro*, 1-41.
- ⁴² Céline Desramé, "La comunidad de lectores y la formación del espacio público en el Chile revolucionario: de la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833)", en François-Xavier Guerra, Annick Lempérière et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX* (México, 1998), 273-99.
- ⁴³ Ibid. Sobre el proceso de la "privatización de la lectura" y otros temas referentes a las relaciones entre las sociedades occidentales y la cultura escrita, del siglo XVI al XVIII, remito a Roger Chartier, "Las prácticas de lo escrito", en Ariès y Duby, eds., *Historia de la vida privada*, vol. 5.
- ⁴⁴ Citado en Amunátegui, *La alborada poética*, 519-20.
- ⁴⁵ Vial Solar, *Tapices viejos*, 187-97; y Zapiola, *Recuerdos*, 56, 91.
- ⁴⁶ Maria Graham, *Journal of a Residence in Chile, during the Year 1822* (Londres, 1824), 209. Décadas más tarde, Vial Solar, *Tapices viejos*, 188, tuvo acceso a su biblioteca, en la que recuerda haber encontrado obras de Rollin, Segur, Villemain, Lamartine, Buffon, Molina, Fénelon, Bossuet, San Agustín y San Jerónimo; las páginas de sus libros -refiere Vial Solar- estaban meticulosamente anotadas con comentarios.
- ⁴⁷ Amunátegui, *La alborada poética*, 503.
- ⁴⁸ Vicente Grez, *Las mujeres de la independencia* (Santiago, 1966), 53-57, 63-66; Amunátegui, *La alborada poética*, 477-556; y Zanelli López, *Mujeres chilenas*, 24-26, 34-35.
- ⁴⁹ Hernán Díaz Arrieta, "Las mujeres de la independencia", *Zig-Zag*, 17 de septiembre de 1910; Carlos Vicuña Mackenna, "La mujer chilena en la historia", *Pacífico Magazine*, septiembre de 1918, 312-14; Grez, *Las mujeres*; y Zanelli López, *Mujeres chilenas*, 24-28.
- ⁵⁰ Abdón Cifuentes, *Memorias*, 2 vols. (Santiago, 1936), I, 82-89; Ramón Subercaseaux Vicuña, *Memorias de ochenta años: recuerdos personales, críticas, reminiscencias históricas, viajes, anécdotas*, 2 vols. (2ª ed., Santiago, 1936), I, 75-80; y Martina Barros de Orrego, *Recuerdos de mi vida* (Santiago, 1942), 77-85.
- ⁵¹ Horace Rumbold, *Further Recollections of a Diplomatist* (Londres, 1903), 27.
- ⁵² La información sobre estas salonières corresponde a Verena von der Heyden-Rynsch, *Los salones europeos. Las cimas de una cultura femenina desaparecida* (Barcelona, 1998), 111-22, 183-84.
- ⁵³ Barros de Orrego, *Recuerdos*, 71.
- ⁵⁴ Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo* (Santiago, 1984), 73.
- ⁵⁵ T. Gatica Martínez, "En qué ocupan un día las damas chilenas. Con la señora Delia Matte de Izquierdo", *Zig-Zag*, 17 de junio de 1916.
- ⁵⁶ Marta Vergara, *Memorias de una mujer irreverente* (2ª ed., Santiago, 1961), 25; y Ricardo A. Latcham, *Páginas escogidas* (Santiago, 1969), 256.
- ⁵⁷ Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere: an Inquiry into a Category of Bourgeois Society* (2ª ed., Cambridge, Mass., 1989), 34.
- ⁵⁸ Elinor G. Barber, *The Bourgeoisie in 18th Century France* [1955] (Princeton, 1967), 131-32, 135-36; Joan B. Landes, *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution* (Ithaca, 1988), 22-31; Rosalind H. Williams, *Dream Worlds: Mass Consumption in Late Nineteenth-Century France* (Berkeley y Los Angeles, 1991), 36-37;

Roger Chartier, *The Cultural Origins of the French Revolution* (Durham, 1992), 156-57; Karl Mannheim, *Essays on the Sociology of Culture* (2ª ed., Londres, 1992), 135-42; Merry E. Wiesner, *Women and Gender in Early Modern Europe* (Cambridge, 1993), 139-40; Peter Burke, *The Art of Conversation* (Ithaca, 1993), 89-122; Daniel Gordon, *Citizens without Sovereignty: Equality and Sociability in French Thought, 1670-1789* (Princeton, 1994), 39, 191-92; Dena Goodman, *The Republic of Letters: a Cultural History of the French Enlightenment* (Ithaca, 1994); *idem*, "Governing the Republic of Letters: the Politics of Culture in the French Enlightenment", *History of European Ideas*, 13: 3 (1991), 183-99; *idem*, "Enlightenment Salons: the Convergence of Female and Philosophic Ambitions", *Eighteenth-Century Studies*, 22: 3 (1989), 329-50; Ulrich Im Hof, *The Enlightenment* (Oxford, 1994), 113-17, 166, 207; Dorinda Outram, *The Enlightenment* (Cambridge, 1995), 91-93; Jonathan Dewald, *The European Nobility, 1400-1800* (Cambridge, 1996), 51, 133, 156-57, 172; Von der Heyden-Rynsch, *Los salones europeos*; y Habermas, *The Structural Transformation*, 51-56.

⁵⁹ Los juegos de naipes, considerados como fútiles pasatiempos por los partidarios del salón intelectual, fueron componentes centrales de las numerosas tertulias organizadas, hacia mediados del siglo XIX, por mujeres de la elite. En opinión de Martina Barros, la popularidad de este tipo de reuniones se debía a la falta de entretenimientos públicos tales como el teatro. Véase Barros de Orrego, *Recuerdos*, 102-03.

⁶⁰ C. A. Sainte-Beuve, *Retratos de mujeres* (Buenos Aires, s/fecha), 66.

⁶¹ Barros de Orrego, *Recuerdos*, 169.

⁶² Goodman, *The Republic of Letters*, 74.

⁶³ Barros de Orrego, *Recuerdos*, 171.

⁶⁴ Subercaseaux S., *Historia del libro*, 78-81.

⁶⁵ Cifuentes, *Memorias*, II, 175-81, 185-204, 215-30, 238-39, 263-65.

⁶⁶ Samuel A. Lillo, *Espejo del pasado: memorias literarias* (Santiago, 1947), 157-58.

⁶⁷ *Ibid.*, 167-71. Me refiero a Inés Echeverría de Larraín (Iris), Sara Hübner, Elvira Santa Cruz Ossa (Roxane), Graciela Sotomayor de Concha y Berta Lastarria. Me asaltan dudas al momento de establecer la extracción social de otras escritoras que leyeron sus trabajos y dieron conferencias ante el auditorio del Ateneo; éste es el caso, por ejemplo, de Tilda Brito (María Monvel).

⁶⁸ Barros de Orrego, *Recuerdos*, 171.

⁶⁹ Poeppig, *Un testigo*, 208.

⁷⁰ Barros de Orrego, *Recuerdos*, 171.

⁷¹ Orrego Luco, *Memorias*, 300.

⁷² Balmaceda Valdés, *Un mundo*, 39-45, 49.

⁷³ Carlos Vicuña, *La tiranía en Chile. Libro escrito en el destierro en 1928*, 2 vols. (Santiago, 1938-39), I, 45.

⁷⁴ Roxane, "Con la señora Sara del Campo de Montt", *Zig-Zag*, 11 de octubre de 1919; Manuel Rivas Vicuña, *Historia política y parlamentaria de Chile*, 3 vols. (Santiago, 1964), II, 2, 306; Joaquín Edwards Bello, *Crónicas del Centenario* (Santiago, 1968), 152; Barros de Orrego, *Recuerdos*, 188-89, 312-15; y Balmaceda Valdés, *Un mundo*, 348.

⁷⁵ Maltrana, "Doña Sara", *La Tribuna Ilustrada*, n° 4, julio de 1917, 8.

⁷⁶ Orrego Luco, *Memorias*, 124, 135, 215.

⁷⁷ Rivas Vicuña, *Historia política*, I, 49.

⁷⁸ "Enriqueta Pinto de Bulnes", *La Revista Azul*, n° 22, octubre de 1917, 31.

⁷⁹ Stiven V., *La seducción de un orden*, 74.

⁸⁰ Barros de Orrego, *Recuerdos*, 383.

⁸¹ *Ibid.*, 170.

⁸² "La sociabilidad chilena alrededor de 1860 a 1870", *La Revista Azul*, n° 20, marzo de 1917, 26.

⁸³ *Ibid.*, 25.

⁸⁴ "La sociabilidad chilena alrededor de 1860 a 1870", *La Revista Azul*, n° 21, marzo de 1917, 32.

⁸⁵ Citado en Von der Heyden-Rynsch, *Los salones europeos*, 141.

⁸⁶ Orrego Luco, *Memorias*, 74.

⁸⁷ Barros de Orrego, *Recuerdos*, 346-47.

⁸⁸ Mannheim, *Essays*, 137.

⁸⁹ Theodore Zeldin, *An Intimate History of Humanity* (Londres, 1994), 36.

⁹⁰ Von der Heyden-Rynsch, *Los salones europeos*, 18.

⁹¹ "Cómo se debe recibir. Organización de una tertulia", *La Revista Azul*, n° 4, enero de 1915, 122.

⁹² Rafael Minvielle, *El libro de las madres y de las preceptoras* (Santiago, 1846), 70-71.

⁹³ Para un análisis de la concepción tradicional de la femineidad en Chile y en el mundo occidental durante el siglo XIX y comienzos del XX, consúltese Diana Veneros R-T, "Continuidad, cambio y reacción 1900-1930", en Diana Veneros Ruiz-Tagle, ed., *Perfiles revelados: historia de mujeres en Chile, siglos XVIII-XX* (Santiago, 1997), 22-30.

⁹⁴ Minvielle, *El libro de las madres*, 71.

⁹⁵ Barros de Orrego, *Recuerdos*, 196.

⁹⁶ Pedro Balmaceda Toro (A. De Gilbert), *Estudios i ensayos literarios* (Santiago, 1889), 292.

⁹⁷ Citado en Amunátegui, *La alborada poética*, 520.

⁹⁸ Barros de Orrego, *Recuerdos*, 175.

⁹⁹ Orrego Luco, *Memorias*, 73.

¹⁰⁰ Fernando Santiván, "Confesiones de Santiván: recuerdos literarios", en *Obras completas de Fernando Santiván*, 2 vols. (Santiago, 1965), II, 1711.

¹⁰¹ *Ibid.*, 1711. Los viajes a Oriente, generalmente motivados por las peregrinaciones a Tierra Santa, fueron siempre poco comunes, aunque no del todo excepcionales. También hay que considerar los viajes al Viejo Mundo por razones de salud. Desde temprano los hombres y las mujeres de la elite aquejados de alguna enfermedad, no rara vez de ambiguo diagnóstico, atendiendo a los consejos de sus médicos (o de familiares y conocidos) emprendieron peregrinajes en busca de baños termales, sanatorios y climas benignos capaces de obrar prodigios. O bien visitaron las ciudades donde residía alguna autoridad médica de reputación internacional, a fin de encontrar alguna solución a males desconcertantes y, por lo mismo, difíciles de tratar.

¹⁰² Pérez Rosales, *Recuerdos*, 71-74.

¹⁰³ Ruschenberg, *Noticias de Chile*, 72.

¹⁰⁴ Pérez Rosales, *Recuerdos*, 74.

¹⁰⁵ Guillermo Feliú Cruz, ed., "Cartas inéditas sobre Europa de Domingo Amunátegui Solar", *Anales de la Universidad de Chile*, 121-22 (1961), 279.

¹⁰⁶ L. O. (presumiblemente Luis Orrego Luco), "Hechos y notas: los viajeros", *Selecta*, junio de 1909, 70.

¹⁰⁷ Benjamín Vicuña Subercaseaux (Tatín), *Recopilación de artículos sueltos* (Santiago, 1918), 113-22; Juan de Ávila, "¿Cuánto cuesta un viaje a Europa?", *Pacífico Magazine*, enero de 1913, 115-25; Juan de Arias, "De Santiago a Río de Janeiro", *Pacífico Magazine*, marzo de 1913, 363-81; y "Julio", *Familia*, julio de 1914, 2. En la década de 1910, según Alberto Edwards, el consumo conspicuo comenzaba a ceder su primacía a la manía nobiliaria en cuanto principal recurso utilizado por los latinoamericanos en general, y los chilenos en particular, para forzar su incorporación a la alta sociedad europea. Consúltese su "La felicidad en la vida modesta: apuntes sobre el rastacuerismo", *Pacífico Magazine*, junio de 1914, 726-30.

¹⁰⁸ L. O., "Hechos y notas", *Selecta*, junio de 1909, 70.

¹⁰⁹ N., "Correspondencia de París", *La Revista Azul*, n° 8, marzo de 1915, 260-61.

¹¹⁰ Bernardo Subercaseaux S., *Genealogía de la vanguardia en Chile (La década del Centenario)* (Santiago, s/fecha), 75, 129, 157-62, 176-77. El viaje iniciático a París resultó especialmente relevante en el campo de la plástica, dada la enorme gravitación, retardataria en sus efectos, ejercida por las instituciones culturales oficiales de la época.

¹¹¹ Feliú Cruz, ed., "Cartas inéditas".

¹¹² María Flora Yáñez, *Historia de mi vida* (Santiago, 1980), 111. Otro ejemplo de padre-cicerone se encuentra en Blanca Subercaseaux de Valdés, *Amalia Errázuriz de Subercaseaux* (Santiago, 1934), 27-28. El *Grand Tour* no estaba exento de sinsabores. Demandaba de sus practicantes una energía a veces titánica. Durante su tercer viaje a Europa, Benjamín Vicuña Mackenna, en el pasado un viajero de curiosidad voraz y energía avasalladora, escribió: "esto de visitar en cada ciudad a que se llega, el museo, las iglesias tales, el palacio cual, y ésta, aquella y la otra *curiosidad* que os apuntan los guías o los ociosos ciceroni de los hoteles, es tarea para los santos y para los tontos; y por lo que a mi

toca más bien preferiría que me dejaran en la primera cama vacante del hospital vecino a la estación del ferrocarril, que el que me lleven al trote y con la lengua de fuera, como suelen andar algunos fieles ingleses, visitando lo que maldita la gana tengo de ver": citado en Ricardo Donoso, *Don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, sus escritos y su tiempo, 1831-1886* (Santiago, 1925), 272.

¹¹³ Subercaseaux de Valdés, *Amalia Errázuriz*, 131-34.

¹¹⁴ Flora Yáñez de Echeverría, "Naturaleza y arte", *Pacífico Magazine*, octubre de 1916, 290; e *ídem*, *Historia de mi vida*, 127.

¹¹⁵ "Comentarios de familia", *Familia*, junio de 1912, 1. Gracias al tren Trasandino, la vida cultural de Santiago se vio enriquecida. Desde entonces los intelectuales, actores, actrices y cantantes de Europa que se encontraban de gira en Buenos Aires, contaron con un medio de transporte que facilitaba y alentaba su viaje a Chile. Véase "Hechos y notas", *Selecta*, noviembre de 1910, 294.

¹¹⁶ Amanda Labarca Hubertson, "La vida del espíritu: conversando con la señora Inés Echeverría de Larraín", *Familia*, agosto de 1915, 4.

¹¹⁷ Mónica Echeverría Yáñez, *Agonía de una irreverente* (Santiago, 1996), 123-24.

¹¹⁸ Josefina Lecaros C., "Una semblanza de Iris (Inés Echeverría de Larraín) a los 50 años de su muerte (1949-1999)" (tesis de licenciatura inédita, Universidad Finis Terrae, 1999), 17-25.

¹¹⁹ María Cenicienta, "Con la presidenta del 'Círculo de Lectura' de señoras, la señora Sofía Eastman de Huneeus", *Familia*, octubre de 1915, 3.

¹²⁰ Roxane, "Roxane conversa con la señora Delia Matte de Izquierdo", *Zig-Zag*, 28 julio de 1917.

¹²¹ Lecaros C., "Una semblanza de Iris", 27-30.

¹²² "Doña Luisa Lynch de Gormaz, semblanza por el Curioso Impertinente", *Pacífico Magazine*, septiembre de 1920, 200-02; y Pilar Subercaseaux, *Las Morla. Huellas sobre la arena* (Santiago, 1999), 40-42, 46.

¹²³ Francisco Javier Ovalle Castillo, *La sociedad chilena: retratos de mujeres ilustres* (Santiago, 1919), 12.

¹²⁴ Vicuña Subercaseaux (Tatín), *Recopilación*, 117-18.

¹²⁵ *Ibid.*, 114.

¹²⁶ Roxane, "Vida social", *Zig-Zag*, 20 de junio de 1914.

¹²⁷ Wright, *The Republic of Chile*, 121.

¹²⁸ Véanse el poema de Ricardo Ahumada Maturana, "A la señora Lucía Bulnes de Vergara", *Zig-Zag*, 7 de septiembre de 1912; y "¿Qué piensan las grandes damas sobre nuestros hábitos sociales?", *Familia*, junio de 1915, 3-4.

¹²⁹ "La señora Lucía Bulnes de Vergara", *Familia*, julio de 1917, 2.

¹³⁰ Eduardo Balmaceda Valdés, *Del presente y del pasado* (Santiago, 1941), 152.

¹³¹ Carlos Silva Vildósola, *Retratos y recuerdos* (Santiago, 1916), 103.

¹³² "El tango en Santiago", *Zig-Zag*, 2 de mayo de 1914. No es de admirarse, entonces, que fuera bailado en las prestigiosas recepciones de Ana Bello de Balmaceda. Véase Roxane, "Vida social", *Zig-Zag*, 25 de julio de 1914.

¹³³ "Junio", *Familia*, junio de 1916, 1.

¹³⁴ "Mayo", *Familia*, mayo de 1919, 1.

¹³⁵ "Agosto", *Familia*, agosto de 1919, 1.

¹³⁶ Latcham, *Páginas escogidas*, 256.

¹³⁷ Barros de Orrego, *Recuerdos*, 342.

¹³⁸ "Club de la Unión", *Zig-Zag*, 19 de noviembre de 1905.

¹³⁹ Alberto Edwards, "La felicidad en la vida doméstica", *Pacífico Magazine*, mayo de 1913, 684.

¹⁴⁰ "Club Santiago", *Zig-Zag*, 9 de agosto de 1908; Roxane, "Año social", *Zig-Zag*, 29 de diciembre de 1917; Balmaceda Valdés, *Un mundo*, 124-25; *ídem*, *Del presente*, 112-14; y Edwards Bello, *Crónicas del Centenario*, 44, 65-68.

¹⁴¹ Guillermo Edwards Matte, *El Club de la Unión en sus ochenta años (1864-1944)* (Santiago, 1944), 61.

¹⁴² Abraham König, *Reseña histórica del Club de la Unión* (Santiago, 1886), 29.

¹⁴³ Gloria, "¿Por qué algunos maridos prefieren el club a su hogar", *Familia*, junio de 1910, 27.

¹⁴⁴ Edwards, "La felicidad", mayo de 1913, 683.

¹⁴⁵ Sombra, "Como quisiera que fuesen", *Zig-Zag*, 28 de julio de 1917. En una de sus crónicas, Vicuña Subercaseaux (Tatín), *Recopilación*, 132, sostuvo que el "club ha muerto las antiguas charlas familiares".

¹⁴⁶ Bernardo Gentilini, *El libro de la mujer: como cristiana, esposa, madre, educadora y apóstol* (Santiago, 1917), 97. Crescente Errázuriz, en un pasaje de sus memorias donde contrasta los años de su juventud, época en que a su nostálgico parecer reinaba la virtud, con la decadencia contemporánea de las costumbres, señaló: "Por suerte, [los hombres] no tenían el club, en donde hoy el esposo va a vivir entre sus amigos, cuando el tapete verde no lo atrae; en donde, muchas veces, apenas exceptuando los ratos que se conceden al almuerzo y la comida –y esto no siempre– pasa allí lo demás del día y gran parte de la noche", renunciando así a presidir en cuerpo y alma la vida cotidiana de su familia. Véase Crescente Errázuriz, *Algo de lo que he visto* (Santiago, 1934), 23.

¹⁴⁷ Esta política financiera más austera no implicó necesariamente falta de confort y carencia de entretenimientos. Un extranjero que visitó el Club de la Unión en 1889, así recordó a la institución: "Una buena casa, bien iluminada, salones cómodos, una sala de lectura bien provisionada de periódicos y otras materias de lectura, en torno a un amplio patio, la mejor sala de billares que nunca he visto, con una gran formación de mesas, por lo menos seis u ocho, separadas unas de otras por un amplio espacio": William Howard Russell, *A Visit to Chile and the Nitrate Fields of Tarapacá* (Londres, 1890), 90.

¹⁴⁸ König, *Reseña histórica*; y Edwards Matte, *El Club de la Unión*.

¹⁴⁹ W. H. Koebel, *Modern Chile* (Londres, 1913), 67.

¹⁵⁰ Ni la misma Martina Barros, ni los participantes de la tertulia que ella presidiera a lo largo de varias décadas, mencionan, en caso de haber dejado testimonio de tales veladas, la presencia de mujeres entre la concurrencia. Véanse Barros de Orrego, *Recuerdos*, 246-71; Balmaceda Valdés, *Un mundo*, 322-23; y Latcham, *Páginas escogidas*, 258. En contraste, la tertulia de su marido, generalmente celebrada más temprano que la de Martina, sí era frecuentada por unas pocas mujeres. Remito a Orrego Luco, *Memorias*, 587.

¹⁵¹ Santiván, "Confesiones", 1648-50.

¹⁵² Por ejemplo, la tertulia de Sara Hübner, además de frecuentada por Vicente Huidobro y Manuel Magallanes Moure, contó habitualmente con la presencia de la esposa de Armando Donoso, María Monvel –ella misma poetisa y anfitriona– y de la escritora Marta Brunet; asimismo, Inés Echeverría y la escritora Ginés de Alcántara (Juana Quindos de Montalva) asistían a la tertulia de Marta Walker Linares. Véanse Latcham, *Páginas escogidas*, 256, 265; y Vergara, *Memorias*, 25-27.

¹⁵³ María Cenicienta, "Un momento de conversación con la señora Ana Swinburn de Jordán, presidenta de la Asociación de Señoras contra la Tuberculosis", *Familia*, diciembre de 1915, 4.

¹⁵⁴ Wright, *The Republic of Chile*, 124.

¹⁵⁵ T. Gatica Martínez, "En que ocupan un día las damas chilenas. III. Con la señora Delia Matte de Izquierdo", *Zig-Zag*, 17 de junio de 1916. A decir de Delia Matte, su "tertulia íntima" se componía de cuatro o cinco hombres, y dos o tres mujeres.

¹⁵⁶ Alone (Hernán Díaz Arrieta), *Pretérito imperfecto: memorias de un crítico literario* (Santiago, 1976), 68.

¹⁵⁷ Latcham, *Páginas escogidas*, 257.

¹⁵⁸ *Ibid.*, 256.

¹⁵⁹ Santiván, "Confesiones", 1711-12.

¹⁶⁰ Alone, *Pretérito imperfecto*, 165.

¹⁶¹ El detenido análisis de este proceso ya ha sido realizado, desde una perspectiva sociológica tributaria de la obra de Pierre Bourdieu, por Gonzalo Catalán, "Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920", en José Joaquín Brunner y Gonzalo Catalán, *Cinco estudios sobre cultura y sociedad* (Santiago, 1985), 69-175.

¹⁶² Existen dos valiosos ensayos teóricos en los cuales se examina, desde una perspectiva crítica, el desarrollo de la historia de las mujeres y de los estudios de género como disciplinas académicas: Joan Wallach Scott, *Gender and the Politics of History* (Nueva York, 1988), 28-50; y Amanda Vickery, "Golden Age to Separate Spheres? A Review of the Categories and Chronology of English Women's History", *The Historical Journal*, 36: 2 (1993), 383-414.

¹⁶³ Michelle Perrot, *Mujeres en la ciudad* (Santiago, s/fecha), 10.

¹⁶⁴ "Dolores Vicuña a su hermano Benjamín, trozos de cartas entre 1854 y abril de 1860", en Vergara Quiroz, ed., *Cartas*, 263.

¹⁶⁵ Carmen Arriagada, *Cartas de una mujer apasionada* (Santiago, 1990), 195.

¹⁶⁶ Vergara Quiroz, ed., *Cartas*. Es caso aparte el de las viudas, y esto por haber tenido la ventaja respecto a las mujeres casadas y solteras (y por tanto subordinadas a la autoridad de sus respectivos maridos o padres), de contar con mayores posibilidades de emprender acciones autónomas en lo tocante a sus familias u otros asuntos. Es así como durante el siglo XVIII, por ejemplo, junto a la Iglesia como fuente de crédito, aparecen las viudas de mercaderes y oficiales como prestamistas. Véanse Jacques A. Barbier, *Reform and Politics in Bourbon Chile, 1755-1796* (Ottawa, 1980), 38; y Eduardo Cavieres F. y René Salinas M., *Amor, sexo y matrimonio en Chile tradicional* (Valparaíso, 1991), 136.

¹⁶⁷ Rivas Vicuña, *Historia política*, I, 556, II, 192.

¹⁶⁸ Alone, *Pretérito imperfecto*, 97.

¹⁶⁹ "Mercedes Cifuentes a don Francisco Borja de Aráoz, en Valparaíso. Santiago, 12 de febrero de 1796", en Vergara Quiroz, ed., *Cartas*, 46.

¹⁷⁰ El énfasis en la reclusión doméstica obedecía en buena medida al considerable valor asignado a la virginidad femenina en cuanto componente cardinal de la reputación personal de las mujeres solteras, y del honor público de sus familias y de sus parientes varones. Remito a M. Consuelo Figueroa G., "El honor femenino: ideario colectivo y práctica cotidiana", en Veneros Ruiz-Tagle, ed., *Perfiles revelados*, 65-81. En relación con el concepto del honor y las prácticas sociales asociadas a él durante la Colonia, consúltese, para el caso hispanoamericano, Asunción Lavrin, "Women in Spanish American Colonial Society", en Leslie Bethell, ed., *The Cambridge History of Latin America*, vol. 2: *Colonial Latin America* (Cambridge, 1984), 331-32.

¹⁷¹ "Rosalía Necochea a su amiga Magdalena Vicuña, en Valparaíso. Santiago, 7 de junio de 1851", en Vergara Quiroz, ed., *Cartas*, 237.

¹⁷² "Delfina Cruz a su esposo Aníbal Pinto, en Santiago. Concepción, 25 de diciembre de 1859", en Vergara Quiroz, ed., *Cartas*, 304.